

### DECLARACIÓN y AUTORIZACIÓN

Yo: **CRISTIAN XAVIER PORTILLA CRUZ**, con CC. 172231954-6, autor del trabajo de graduación intitulado: **"ANÁLISIS DE LA RELACIÓN ENTRE LA CADENA DESTRUCCIÓN-CREACIÓN Y EL OBJETO ADICCIÓN, PARA UN ENTENDIMIENTO DEL LAZO SOCIAL"**, previa a la obtención del título profesional de **PSICÓLOGO CLÍNICO**, en la Facultad de **Psicología**.

1.- Declaro tener pleno conocimiento de la obligación que tiene la Pontificia Universidad Católica del Ecuador, de conformidad con el artículo 144 de la Ley Orgánica de Educación Superior, de entregar a la SENESCYT en formato digital una copia del referido trabajo de graduación para que sea integrado al Sistema Nacional de Información de la Educación Superior del Ecuador para su difusión pública respetando los derechos de autor.

2.- Autorizo a la Pontificia Universidad Católica del Ecuador a difundir a través de sitio web de la Biblioteca de la PUCE, el referido trabajo de graduación, respetando las políticas de propiedad intelectual de Universidad.

Quito, enero 2018



**CRISTIAN XAVIER PORTILLA CRUZ**  
CC. 172231954-6



**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL ECUADOR  
FACULTAD DE PSICOLOGÍA  
CARRERA DE PSICOLOGÍA CLÍNICA**

**DISERTACIÓN PREVIA A LA OBTENCIÓN DEL TÍTULO  
DE PSICÓLOGO CLÍNICO**

**“ANÁLISIS DE LA RELACIÓN ENTRE LA CADENA DESTRUCCIÓN-  
CREACIÓN Y EL OBJETO ADICCIÓN, PARA UN ENTENDIMIENTO  
DEL LAZO SOCIAL”**

**CRISTIAN XAVIER PORTILLA CRUZ  
DIRECTOR: MTR. BÉCQUER REYES**

**QUITO, 2017**

## DEDICATORIA

*A ti, valiente, borracho, enamorado y jugador, el faro más brillante en mi camino,  
viejo, mi querido viejo.*

*A ti, madre, como compañera permanente del camino que me trajo hasta aquí, porque a  
pesar de todo lo logramos.*

## Tabla de Contenidos

RESUMEN .....	iii
INTRODUCCIÓN.....	1
1. SUJETO Y OBJETO .....	4
1.1. Cadena destrucción-creación .....	7
1.1.1. Omnipotencia .....	10
1.1.2. Experiencia Creadora .....	12
1.2. Uso de Objeto .....	14
1.2.1. Violencia en la relación de objeto .....	16
2. ELECCIÓN DEL OBJETO ADICCIÓN .....	20
2.1. Devorarlo Todo: El Imperio Del Goce .....	24
2.1.1. Síntoma y Enfermedad .....	27
2.2. Sujeto Excluido.....	29
2.2.1. Objeto adicción y delincuencia.....	33
3. LAZO SOCIAL Y OBJETO ADICCIÓN.....	39
3.1. Lugar del objeto adicción .....	44
3.1.1. Más creación, más destrucción.....	48
3.2. Modificación del lazo social .....	54
CONCLUSIONES.....	58
Bibliografía.....	60

## **RESUMEN**

La problemática que circula alrededor del lazo social es algo que ha cobrado vigencia en los tiempos actuales, debido principalmente a la realidad de la sociedad posmoderna, donde prima la fluidez, la tecnología, el consumo y la comunicación a distancia. Los lazos en la actualidad son efímeros y superficiales como consecuencia de una sociedad superficial, los discursos actuales giran en torno a los objetos, a las satisfacciones fugaces, hacia crear necesidades de aquello que pudiera ser tomado como un deseo único e individual; confundiendo así ambos conceptos. En una sociedad así el lazo con el compañero resulta fácilmente desechable, puesto que no es necesario. La adicción como tal se ubica como respuesta a este modelo social anulatorio, como puerta de salida, por ello es que en la actualidad su manifestación se encuentra más presente. La cadena destrucción-creación por su parte surge como el terreno donde el proceso del establecimiento del lazo social hace su despliegue y en tanto está dictaminado por el discurso social, resulta modificado por el desarrollo de una adicción.

## INTRODUCCIÓN

La investigación a realizarse se ubica en el contexto de las adicciones, un fenómeno recurrente en la sociedad hoy en día. La presencia de esta problemática es cada vez más controversial, sus consecuencias son tales que se encuentra usualmente ligada a la violencia, la delincuencia, el vicio, la enfermedad. Por ello se establece una condena social que la rodea, y que se posa en los hombros de aquel que la manifiesta, una condena que se fija alrededor de la exclusión. Esta condena social establecida hacia la adicción depende en gran medida del objeto de dicha adicción; agravándose si, por ejemplo, este objeto se sitúa alrededor de las drogas o el alcohol, y casi desvaneciéndose, si se posiciona alrededor del trabajo o la tecnología, al menos en un tiempo inicial de incubación. De esto resulta que, para el presente trabajo, el objeto hacia el cual se dirige la adicción será abordado como el objeto adicción independientemente de qué objeto o acto se trate.

Un sujeto en adicción es comúnmente asociado con las connotaciones más degradantes y negativas, ya sea por el objeto de su elección o por la intensidad de su accionar con el mismo, debido a que se entiende por adicción a “estar sometido coactivamente a un quehacer” (Doucet, 1975, p. 19). Es decir que, aún si el objeto adicción se ubica hacia un objeto socialmente aceptado como el desempeño laboral, llegará un punto en que el sujeto haya avanzado tanto en la relación que resultará evidente para los que lo rodean. Esto es debido a que con la introducción del objeto adicción en la condición del sujeto, se produce un modelamiento lento y profundo en la manera que tiene el sujeto de relacionarse con el medio, con sus compañeros, con sus familiares y amigos. Por ello la problemática de la adicción tiene consecuencias que alteran la calidad de vida de la sociedad.

De esta manera, la investigación presente se dirige hacia precisar un entendimiento más profundo acerca de los modos en que un objeto adicción altera el comportamiento de un individuo, así como altera el modo en que es percibido por los demás, la forma en la que el objeto adicción modifica un lazo social pre-existente. Para esto se utilizará los conceptos que surgen de la teoría psicoanalítica, echando mano de lo desarrollado por Sigmund Freud y Donald Winnicott de forma inicial, para posteriormente apoyarse en los conceptos que instala Jacques Lacan, tanto en el campo

de las adicciones con Sylvie Poulichet, como en los avatares de la estructuración de un sujeto y un objeto siguiendo esta línea teórica, entre otros autores que sirven de apoyo para aclarar el fenómeno de la adicción que conlleva un cambio profundo en el individuo hasta dejarlo muy lejos de lo que alguna vez fue.

La presente investigación tiene como aspecto central el análisis de la relación existente entre el objeto adicción y la “cadena destrucción-creación” (Winnicott, 1999). Dicho objeto concebido como aquel con el cual el sujeto elabora la realidad y desarrolla una relación que modifica el resto de relaciones. Tal relación se vuelve tan estrecha que se asemeja a las relaciones que desarrollan los bebés con sus objetos; durante las cuales, los objetos son investidos de características subjetivas. El objeto adicción por su parte también es como una vasija donde el sujeto deposita mucho de sí mismo y del Otro. Poco a poco el objeto adicción, en su posición de tramitador de la realidad, absorbe al sujeto en la diada (sujeto-objeto). A partir de esto se establecen nuevos lugares simbólicos del sujeto, del Otro, y del objeto. Por lo que, tanto la relación con el objeto adicción, como la actualización de lugares simbólicos dan cuenta del lazo social. Teniendo en cuenta que el desarrollo de un lazo social se da a partir de la anudación de significantes en el plano simbólico del sujeto.

A partir de estas aclaraciones, se tiene que en el primer capítulo se tratará todo lo referente al concepto de “cadena destrucción-creación” desarrollado por Winnicott, a través de un pasaje por la relación entre sujeto y objeto. Esto permitirá hacer un recorrido por los momentos iniciales de formación del sujeto, trabajando el concepto de “experiencia de omnipotencia”, mediante la cual, el bebé experimenta una interpretación de carácter omnipotente hacia la realidad, que sirve de protección ante cualquier elemento que provoque angustia (Rodulfo, 2009). Este dominio omnipotente de la realidad le permite al bebé crear, idear, imaginar; así como destruir y odiar su objeto (Winnicott, Realidad y Juego, 1993). De forma que, es con este objeto con el cual, el sujeto tramita la realidad. Al destruir su objeto lo que se destruye es el control mágico que se tiene sobre él, debido a esto el objeto real sobrevive y al fin se lo puede usar como tal. La cadena destrucción-creación, engloba toda esta serie de experiencias por las que atraviesa el niño en la interacción con la realidad.

En el segundo capítulo se abordará la problemática de las adicciones, a través de un análisis del concepto de “goce”, tal y como lo plantea Jacques Lacan (1959-1960/1990); se intentará explicar las razones que conllevan a la elección de un objeto adicción. Cabe mencionar que, desde la óptica psicoanalítica una adicción puede ser tomada como un síntoma dentro de una estructura psíquica, en consecuencia, la elección del objeto adicción hace parte de este síntoma. Por otro lado, las alteraciones que produce la relación sujeto-objeto adicción, muchas veces se encuentran relacionadas con el concepto de enfermedad. Entonces resulta importante ubicar si el objeto adicción da cuenta de algo del síntoma mismo, o hace parte de la enfermedad. De esta forma se establecerá el carácter multicausal de la problemática de la adicción que conducirá al abordaje de la “exclusión”, tomada como causa y efecto de la adicción, misma que puede ser tomada como un fenómeno manifestado a través de la condena social. Por ello se ahondará en el mismo de forma análoga al concepto de “delincuencia”, como ocupante junto con la adicción del campo de lo exiliado por la sociedad.

En el tercer capítulo con todo lo explicado previamente, se desarrollará el concepto de “lazo social”, una vez más siguiendo lo propuesto desde Lacan (1969-1970/1992) todo aquello a lo que se refiere, y las consecuencias que conlleva el proceso de su formación. Desde aquí, se hará un acercamiento a la realidad de un sujeto en adicción, cual es la legítima representación que tiene para él, el objeto adicción. En este camino, se habrá de vislumbrar si el acto impetuoso, desobediente y repetitivo del sujeto en adicción se encuentra ocupando la esquina de la destrucción o si por el contrario sigue las difusas líneas de la creación, en este capítulo se establecerá la relación que guarda la cadena con el lazo social, en un sujeto que mantiene una relación con un objeto adicción.

La cotidianidad ha permitido ser partícipe de las alteraciones padecidas por los sujetos, a raíz de los cambios en la relación con los otros. El desarrollo de la presente investigación surge de un interés personal; debido a la interacción que se mantiene en el día a día con sujetos relacionados con un objeto adicción y sobre todo como consecuencia de la contemplación que impera sobre una sociedad, tan veloz que olvida, tan rígida que aplasta.



## 1. SUJETO Y OBJETO

La siguiente investigación hace uso de los postulados teóricos del psicoanálisis, el mismo que ubica al sujeto y al objeto como algo más que términos coloquiales para referirse a dos elementos entre los que se va formando el individuo y la sociedad; por un lado se encuentra el sujeto que enmarcado en la teoría psicoanalítica y conceptualizado por Lacan (1966/2013), alude al sujeto del inconsciente, en la medida en que el inconsciente a su vez se encuentre estructurado como un lenguaje, una producción que sólo existe en el terreno de los significantes, una vez que se instaure como un significante para otro significante. Por otro lado, se encuentra que el objeto que no hace alusión a la cosa, viene en su lugar, alrededor de éste Lacan menciona que:

“El objeto se presenta de entrada en una búsqueda del objeto perdido. El objeto es siempre el objeto vuelto a encontrar, objeto implicado de por sí en una búsqueda, opuesto de la forma más categórica a la noción del sujeto autónomo, conclusión a la que lleva la idea del objeto culminante.” (1956-1957/1995, pág. 15)

Entonces no existe un sujeto sin objeto, y la satisfacción plena no es posible debido a que el deseo conduce al sujeto continuamente a distintos objetos como representaciones de ese lugar hacia donde se dirige el sujeto, que venga a renovar una satisfacción plena inicial. De esto Lacan aporta el concepto de “objeto a”, como el carácter real del objeto, y como aquel objeto propio e inaccesible, un concepto que remite directamente a un vacío, la falta. (Lacan, 1966/2013)

Un paso fundamental para concebirse como sujeto, desde lo descrito por Donald Winnicott (1962), hace alusión hacia la integración de la personalidad y el establecimiento de la dicotomía yo/no yo; que es la encargada de establecer la diferencia y los límites entre el bebé y lo que le rodea, gracias ello es posible poder reconocer la existencia de los objetos y poder usarlos en una realidad compartida con otros sujetos.

En consecuencia, la relación que se establece entre un sujeto y un objeto, ha sido un punto a tratarse ampliamente en el psicoanálisis, puesto que dicha relación abarca los pasajes y vicisitudes por las que atraviesa un sujeto para relacionarse con el mundo exterior a él y de esta forma estructurar un Yo. Además, los acercamientos teóricos a la relación entre sujeto y objeto, varía en la medida en que se concibe el objeto mismo. Para

Winnicott el objeto no existe como tal desde el inicio, sino únicamente en el plano de la ilusión. En cuanto a la relación de objeto, Winnicott establece que:

[...] el sujeto permite que se produzcan ciertas alteraciones en la persona, del tipo que nos llevó a inventar el término catexia. El objeto se ha vuelto significativo, han actuado mecanismos de proyección e identificación, y el sujeto se ve saciado en la medida en que parte de él se encuentra en el objeto, aunque enriquecida por el sentimiento. (Winnicott, 2009, p. 78).

Como se evidencia, la relación con el objeto tiene momentos y efectivamente en un momento dado el sujeto, echando mano de sus mecanismos iniciales dota de significado al objeto, recalcando la profunda interrelación desarrollada entre objeto y sujeto. Al estructurarse la relación; el objeto, cualquiera que fuere, hace las veces de vasija presta a contener lo que el sujeto deposite de sí mismo en ella a través del mecanismo de la proyección. La satisfacción en esta relación está dada por el reconocimiento del sujeto de lo que está depositando, y el grado de simbolismo que el objeto adquiera. Cabe aclarar que para llegar a este momento tuvieron que desencadenarse y desarrollarse procesos facilitados por la madre o persona encargada de sostener las necesidades del bebé que son los que permiten la instalación de un Yo, el advenimiento del objeto a partir de la integración.

Así, Winnicott no estaba de acuerdo con la existencia de un yo (o de un self) y de un objeto desde el comienzo, puesto que creía en un estado no integrado, distinto de la desintegración. Recordemos su indicación acerca de la importancia de la intersección entre dos niveles. En otros términos, lo que importa es el encabalgamiento, sin intrusión, y la separación, y no sólo la introyección y la proyección como mecanismos básicos de la relación de objeto según Freud y Klein (Green, 2007, p. 68).

Es necesario entender que Winnicott establece que “el bebé es un ser humano, inmaduro y altamente dependiente, y es un individuo que tiene y acumula experiencia” (Winnicott, 1987, p. 89), puesto que en primera instancia aún no es capaz de organizar toda la serie de estímulos y capacidades propias. En gran medida esto se da debido a que sus necesidades no se encuentran diferenciadas todavía, por ello la importancia de un sujeto que venga a organizar este bagaje desordenado que llena al bebé, a partir del cuidado, devoción y la presentación objetal. Cabe mencionar que este sujeto no tiene obligadamente que ser la madre, puesto que es la función que desarrolla y la devoción

hacia el cuidado del bebé que le permiten a un determinado sujeto convertirse en aquel proveedor, que pueda, no solamente adaptarse a las necesidades del bebé, sino que también sea capaz de provocarle frustraciones y repare los daños provocados en sí mismo y en el bebé una vez que es instaurada la culpa.

Winnicott (1999), clasifica a las necesidades en dos tipos: las primeras, “del Yo”, hacen referencia a todos aquellos requerimientos que el bebé precisa en los procesos de desarrollo, estas hacen su aparición desde los primeros estados primitivos del bebé, previo a la instalación de lo que se podría denominar Yo; las segundas, denominadas “necesidades pulsionales” no son registradas hasta la presencia de un Yo, por lo que inicialmente están dirigidas de forma libidinal o agresiva hacia la madre-objeto al no estar integradas aún. El papel de la madre se hace sumamente importante puesto que al identificar correctamente las necesidades del bebé y también provocarle frustraciones, le ayuda a integrar todos los estímulos y concebir un mundo exterior, en forma de objeto.

Siendo madura físicamente capaz, la madre es la que debe ser tolerante y comprensiva, de manera que sea ella quien produzca una situación que con suerte puede convertirse en el primer lazo entre el pequeño y un objeto externo, un objeto que es externo con respecto al ser desde el punto de vista del pequeño. (Winnicott, 1999, p. 209)

Cabe aclarar que pasar de percibir a la madre como parte de sí, a diferenciarla como un objeto externo a ella y posteriormente desarrollar relaciones con objeto externos, es un proceso de intercambio intenso, durante el cual la cadena destrucción-creación hace su despliegue para caracterizar el paso de la relación de objeto, al uso de objeto. Para entender mejor lo que conlleva la transición entre relación y uso, es necesario conocer que Winnicott (1999), ubica objetos de tipo subjetivo y de tipo objetivo, mejor explicados como formas de percepción del objeto. La relación de objeto inicialmente mencionada, hace referencia a la relación inicial que el sujeto establece con un objeto, previa a la diferenciación con este objeto como distinto a él. En cambio, el uso de objeto abarca la instalación de un “objeto objetivo”, que emerge sobreviviente del proceso de creación-destrucción, al que se ha visto expuesto por el sujeto para poder ubicarlo como un objeto “no-yo”.

## **1.1. Cadena destrucción-creación**

La capacidad de un sujeto para relacionarse con los objetos, incluso de forma primitiva es un proceso que se ve afectado directamente por el sostén que la madre pueda brindar a las necesidades del bebé. El bebé en un inicio, es un sujeto desorganizado, tiene un enorme potencial de creación, puesto que la línea entre la ilusión y la realidad es muy delgada para él en sus primeros meses de vida. Al no limitarse claramente un espacio del otro, el niño es capaz de crear el mundo o vivir la ilusión de hacerlo. Los encuentros y las experiencias con la madre permitirán la creación del mundo por parte del bebé. Pero es necesario más que solo coincidir en espacio y lugar para generar un encuentro que permita la creación por parte del bebé de lo que la madre le presenta, es necesario que la experiencia sea compartida por ambos. Para que el bebé pueda hallar, crear, la madre debe presentarle el objeto correspondiente a su necesidad, en el momento exacto.

La madre adaptativa presenta un objeto o una manipulación que satisface las necesidades del bebé, de modo que éste empieza a necesitar exactamente lo que la madre le presenta. De esta manera llega a tener confianza en ser capaz de crear objetos y de crear el mundo real. La madre le proporciona al bebé un período breve en el cual la omnipotencia es algo que se experimenta (Winnicott, 1962, p. 999).

En esta interacción sostenida eficazmente por la pareja de crianza (madre), el bebé desarrolla la capacidad de crear objetos, a medida que reúne datos sobre la realidad externa que le dotan de la confianza en lo que acaba de crear. Lo que se presentaba como una alucinación va tomando una forma, aroma, textura determinadas, características que facilitan su evocación posterior. De esta manera, el mundo se va creando, aunque no se lo diferencie de sí mismo. Todo esto es únicamente posible gracias a la función adecuadamente llevada por parte de la madre, no sólo ubicándose como ese primer objeto al cual se dirigen las necesidades instintivas, sino también como medio dispuesto a reparar los daños que pudieren generarse en el bebé debido a estos ataques dirigidos hacia el objeto, una vez que aparece la sensación de culpa.

En primera instancia, a partir de la denominada creatividad primaria, los objetos creados resultan investidos de características subjetivas por el bebé; no se encuentran en el orden del otro, al no poder aún diferenciarlos de sí mismo. Debido a esto, dan cuenta del advenimiento de una experiencia de ilusión. A través de la “omnipotencia infantil”

(Winnicott, 1999), el bebé es capaz de crear sus objetos (subjetivos), a partir del control que ejerce sobre la realidad. Para poder ubicar a estos objetos como diferentes a él, es decir como objetos objetivos con características propias, es necesario también destruirlos, y más importante aún, que dichos objetos sobrevivan. Este proceso no resulta en algo simple, más bien para el bebé es sumamente conflictivo reconocer estas cualidades propias de los objetos, debido a que, inmerso en la fantasía cree tener control total sobre éstos. Por ello asume que el no necesitar un objeto va de la mano con su destrucción, “el no querer, como resultado de la satisfacción, es aniquilar el objeto” (Winnicott, 1999, p. 210), lo que lo llena de culpa en muchas de las ocasiones.

En primer momento un objeto subjetivo es destruido en cuanto haya cumplido la necesidad para la cual fue creado, la capacidad de éste para resurgir de esta destrucción le permite al sujeto desarrollar la primera concepción de una realidad que permanece, así como los objetos que destruye. Progresivamente con la incursión en la realidad, habiendo ganado confianza en la propia capacidad de creación y siendo sometido a los fallos de la madre, los objetos van adquiriendo cualidades propias que escapan al control omnipotente del bebé; es decir existen de forma real y no se ven completamente configurados por el mismo. Sobreviven a los impulsos que el bebé dirige hacia ellos.

En el momento en que el infante cierra los ojos, de hecho, ha destruido el fragmento de mundo que había en su visión. Si después los abre, y las cosas permanecieron sin cambio, sin duda esto hace su aporte a la cualidad de permanencia de la realidad externa (Davis & Wallbridge, 1988, p. 90).

La realidad externa no se inmuta frente a los esfuerzos y deseos del bebé, esa misma realidad que en primera instancia se presentaba a disposición del bebé (gracias a la adaptación materna), ahora no cambia cuando él lo desea, no desaparece a su voluntad, tal y como no se esfuma cuando cierra sus ojos. Esta cualidad de permanencia es aquello que el bebé pone a prueba constantemente al destruir sus objetos, y es ésta misma cualidad la que les permite a éstos obtener la cualidad de reales. Este proceso es decisivo en el camino hacia el uso del objeto.

[...] después de “el sujeto se relaciona con el objeto” viene “el sujeto destruye al objeto” (cuando se vuelve exterior); y después puede venir “el objeto sobrevive a la destrucción por el sujeto”. Pero puede haber supervivencia o no. El sujeto dice al objeto: “Te he destruido”, y el objeto se encuentra ahí para recibir la

comunicación. En adelante el sujeto dice: “¡Hola, objeto!” “Te he destruido.” “Te amo.” “Tienes valor para mí por haber sobrevivido a tu destrucción por mí.” “Mientras te amo te destruyo constantemente en mi fantasía (inconsciente). (Winnicott, 2009, p. 79)

Como se menciona, en primera instancia se encuentra la relación de objeto, que se reconfigura debido a la destrucción del objeto, y a la sobrevivencia de éste. Pero lo que aquí se pretende entender como destrucción y sobrevivencia del objeto cuenta con diferencias a lo que a primera vista se pudiera concretar. El primero de éstos, la destrucción del objeto, hace referencia a la cualidad real del objeto mismo, es decir que la condición para que el objeto se vuelva real es que sea destruido, puesto que sólo así se escapa de la zona omnipotente del bebé, así esta condición es la causa y efecto de su destrucción. Mientras que, la sobrevivencia del objeto hace referencia a la cualidad del mismo para no cambiar ni responder a los ataques del sujeto, es decir que no se vuelva persecutorio, la inmutabilidad es una característica que permitirá posteriores relaciones del sujeto con sus objetos. Al finalizar, emergerá un objeto que ya no es sólo un conjunto de proyecciones, sino que es otro. Este proceso es la condición que deriva en el uso del objeto posteriormente.

La frustración y sobre todo la desilusión que genera en el bebé el no tener el aparente control, es necesaria y también recae en los hombros de la madre que, así como se adapta, debe ir cediendo en esta adaptación e ir otorgando frustraciones al bebé. Este fallo consentido en cuanto a la satisfacción por parte de la madre debe estar en armonía con el desarrollo del bebé, que progresivamente tiene mayores habilidades para relacionarse con el medio de forma independiente. Todo esto le permitirá al sujeto percibir a los objetos en forma objetiva; “[...] la adaptación incompleta a la necesidad hace que los objetos sean reales, es decir, odiados tanto como amados” (Winnicott, 2009, p. 20). La cadena destrucción-creación es el asfalto en este amor-odio, puesto que el hecho que el objeto pueda ser amado, acariciado, destruido, odiado, y siga siendo tal objeto hace posible que sea un objeto otro, distinto del bebé y de otros objetos.

### **1.1.1. Omnipotencia**

La palabra omnipotencia de manera cotidiana es usada para evocar algo referente a un sentimiento, mientras que, en la presente investigación será usada para denotar un tipo de experiencia. Misma que es sentida por el bebé en sus primeros momentos de vida gracias a la adecuada adaptabilidad de la madre a sus necesidades. La madre al proporcionar satisfacción a las necesidades del infante por medio de la presentación de objetos, permite que el bebé experimente un control sobre el mundo externo (aun cuando no se encuentre diferenciado de sí mismo) de connotación mágica. Esto sucede debido a la exactitud con la que la madre se adapta en primera instancia a las necesidades del bebé; desde la óptica del bebé, él crea lo que la madre le presenta con la precisión que la devoción (de ella) le permite, y esto hace que el mismo ingrese por momentos en el espacio de la ilusión.

El niño llega al pecho cuando está excitado y preparado para alucinar algo susceptible de ser atacado. En este momento el pezón real aparece y es capaz de sentir que fue ese pezón el que alucinó. Es así que sus ideas se enriquecen con detalles reales de la vista, del sentir, del oler, y la próxima vez emplea este material en la alucinación. De esta manera comienza a desarrollar una capacidad de evocar lo que le es verdaderamente asequible. La madre tiene que continuar dando al niño este tipo de experiencia (Winnicott, 1999, p. 209).

La adaptación casi perfecta inicial que la madre debe desarrollar hacia los requerimientos del bebé se hace necesaria no sólo por la vulnerabilidad del sujeto en construcción sino porque “[...] de lo contrario al bebé no le es posible empezar a desarrollar la capacidad para experimentar una relación con la realidad exterior, o por lo menos formarse una concepción de ella” (Winnicott, 2009, p. 20).

Para pasar de este período alucinatorio, es necesario que se produzca la separación por parte de la madre, en primera instancia propinándole frustraciones leves al bebé en la satisfacción inmediata de sus necesidades, hasta progresivamente llegar al destete exigiendo de esta manera un corte en la díada madre-hijo. Este accionar termina ubicando a la madre como un objeto instalado en la tópica del *otro*. En este sentido se instaura una dinámica legitimada por Winnicott (2009) como un juego entre la madre y el hijo, en el cual la madre participa activamente para propinarle esta experiencia de omnipotencia al sujeto y también para poco a poco proponer su forma personal de juego como desafío al

bebé. Este proceso resulta complicado para el bebé, puesto que los momentos de encuentro con la madre yacen para él, a su completo control hasta este momento. Ahora el objeto no aparece cuando se lo desea, y se hace necesario poner en marcha lo desarrollado gracias a la adecuada adaptación de mamá. La confianza para crear le permite al bebé relacionarse con objetos que existen en el mundo real.

Por este tiempo el bebé ingresa a un estado intermedio, no se encuentra ni en la realidad externa, ni en la realidad interna, gracias al accionar adecuado de la madre se instala un espacio confiable entre el bebé y ésta última en el cual el bebé puede relacionarse con el mundo externo, con los objetos, y desarrollar su potencial de creación y juego. “La confianza en la madre constituye un campo de juegos intermedio, en el que se origina la idea de lo mágico, pues el niño experimenta en cierta medida la omnipotencia” (Winnicott, 2009, p. 47). La importancia que el juego tiene dentro de la propia estructura del sujeto se encuentra dada debido a que, es a partir del juego que el sujeto puede manipular los objetos de su exterior y establecer relaciones con ellos en última instancia. Además, es válido afirmar que “el motivo de que el juego sea tan esencial consiste en que en él el paciente se muestra creador” (Winnicott, 2009, p. 51).

En este estado y en este espacio es donde hacen su despliegue los fenómenos y objetos transicionales, los cuales asumen un papel vital en la estructuración, puesto que acompañan al sujeto a salir de este momento de ilusión y pasar a un estado en el que reconozca los límites de su corporalidad y los del mundo externo.

“Introduzco los términos "objetos transicionales" y "fenómenos transicionales" para designarla zona intermedia de experiencia, entre el pulgar y el osito, entre el erotismo oral y la verdadera relación de objeto, entre la actividad creadora primaria y la proyección de lo que ya se ha introyectado [...]” (Winnicott, 2009, p. 13).

La zona intermedia planteada por Winnicott, es sostenida gracias al objeto y fenómenos transicionales y su construcción es de vital importancia, puesto que le dotará al sujeto de una zona libre, “una zona neutral de experiencia que no será atacada” (Winnicott, 2009, p. 21). Al mencionar que es una zona libre de ataques, el autor hace referencia en primera instancia al espacio en el que se erige esta zona intermedia, que fue instalado gracias a la confianza, por lo que representa una zona íntima con acceso restringido y cuyo espacio y lugar debe ser respetado por el mundo exterior.



En ella el niño reúne objetos o fenómenos de la realidad exterior y los usa al servicio de una muestra derivada de la realidad interna o personal. Sin necesidad de alucinaciones, emite una muestra de capacidad potencial para soñar y vive con ella en un marco elegido de fragmentos de la realidad exterior. (Winnicott, 2009, p. 50).

Al interactuar de esta manera con los objetos y fenómenos, el sujeto establece un juego con ellos, un juego que es posible debido a la significación que adquieren dichos objetos y fenómenos al juntar esta actividad con la capacidad para soñar que tiene el bebé. Por ello es que este espacio de juego evoca una experiencia que debe ser promovida y no interrumpida, pues en ella están en fluctuación los primeros intentos del sujeto de manipular el mundo externo a él y de desarrollar experiencias culturales con los otros. Winnicott ubica que “hay un desarrollo que va de los fenómenos transicionales al juego, de este al juego compartido y de él a las experiencias culturales” (Winnicott, 2009, p. 50).

El camino que permitió la instalación de este espacio seguro en el individuo, es tan vital en la estructuración debido justamente a que es en este espacio donde más adelante se establecerá la cultura, y ello significa que desde este espacio se despliegan los modos de ubicarse en la sociedad de una u otra manera; puesto que desde las experiencias que se registren en esta zona y la forma en la que un sujeto lidie con éstas se ubicará social, laboral y personalmente.

### ***1.1.2. Experiencia Creadora***

La experiencia de omnipotencia erigida en el terreno de la ilusión, le otorga al sujeto, al menos por un fugaz instante, un poder absoluto, reservado solo para las más altas figuras representativas de las leyendas míticas. El poder de un dios para crear algo en el “mundo real”, que se adecúe casi perfectamente, a sus necesidades y deseos, un poder que en primera instancia es sentido como una coincidencia. Durante este tiempo el bebé está convencido de tener el poder completo de sí mismo y de todo (sin diferenciarlo aún), puesto que aquello que brinda satisfacción a sus necesidades coincide con sus expectativas imaginarias y es creado a partir de esta coincidencia. Todo ello lo llena de confianza, lo cual le permitirá revivir la experiencia creadora una y otra vez, en la construcción de la realidad. (Winnicott, 2009)

En primera instancia la llamada creatividad primaria es alcanzada gracias a la experiencia de omnipotencia. Se crea lo que ya existe. Progresivamente esta capacidad

de creación le permitirá al sujeto relacionarse con objetos externos reales, en un espacio que no se encuentra en el extremo de la realidad interna ni en el de la realidad externa, un espacio de transición, aquí es donde hacen su despliegue los objetos y fenómenos transicionales, que vienen a sostener al bebé frente a la cada vez más permanente interrupción de su experiencia de omnipotencia. Este proceso sucede a la par que los objetos se van invistiendo de cualidades propias y son percibidos de forma objetiva. Una vez aquí la experiencia creadora incursiona en la temática de la manipulación, puesto que, al reconocer las cualidades reales del objeto, éste se convierte en un otro, externo, con un cuerpo físico que se puede ver moldeado por el sujeto en la medida en que su condición de distinto a él lo permita.

La experiencia creadora por la que el sujeto atraviesa se manifiesta para relacionar al sujeto con su mundo, para ubicarlo en el camino hacia la estructuración de un Yo y un sujeto propiamente dicho. La facultad de creación está íntimamente ligada a la condición de estar vivo, concibiéndose como impulso a la vida. Esta experiencia le brinda al bebé el impulso para crear el mundo, y así aferrarse a la vida, este impulso creador no sólo empuja al individuo a construir, sino que le permite construirse como individuo, avanzar en su desarrollo y dotar de un sentido a su existencia.

Por lo tanto, el impulso creador es algo que se puede entender como una cosa en sí misma, que, por supuesto, es necesaria si el artista quiere producir una obra de arte, pero también como lo que se encuentra presente cuando cualquiera-bebé, niño, adolescente, adulto, anciano o mujer-contempla algo en forma saludable o hace una cosa de manera deliberada, como ensuciarse con sus propias heces o prolongar el acto de llorar para gozar un sonido musical. (Winnicott, 2009, p. 64).

Teniendo en cuenta esto, se puede afirmar que para Winnicott (2009) la creatividad es un rasgo innato del ser humano, y su desarrollo y perfeccionamiento (directamente proporcionales a la calidad del sostén brindado por la pareja de crianza) son vitales para que un sujeto pueda estructurarse como tal o solamente como condición de vida. Posteriormente esta misma capacidad ronda la vida adulta, al ser la vía inicial que conduce el sujeto hacia el objeto, se encuentra presente durante todo el camino de estructuración, y una vez habíase formado el individuo. El cómo se dio todo este proceso dará cuenta a posteriori, de las maneras en que un sujeto maneja todo el condumio de fenómenos subjetivos, que se encuentran ahora esparcidos en el campo de la cultura, así como lo característico de la relación que se mantiene con el objeto, tanto en la realidad como en

la fantasía del individuo. También esta es la razón del porqué en la vida adulta un sujeto puede dotar a un determinado objeto de características especiales que alteran la relación que mantenga con éste, como en el caso de una adicción que puede homologarse a esa relación de juego inicial que el sujeto desarrolla con los objetos con el afán de sustituir la relación con su primer objeto.

## **1.2. Uso de Objeto**

El uso de un objeto es una manera diferente de relación con el objeto, a la cual se llega a partir de un proceso que implica la destrucción del objeto en cuestión. Sujeto y objeto ahora se encuentran relacionados de forma distinta. Para usar un objeto, es necesario que éste se encuentre percibido de forma objetiva y exista de forma real, es decir que su existencia real sea reconocida por el sujeto. Así mismo, es necesario el reconocimiento de que el objeto pertenece a una realidad que es compartible, y definitivamente es compartida.

Al mencionar una realidad que es compartible, se hace referencia a la capacidad que tiene el sujeto de presentar los objetos entre sí, de no abarcar a todos (o al menos intentarlo) y así poder asimilar un mundo lleno de objetos que se sitúan en el mismo espacio y lugar. La cualidad de realidad compartida, hace referencia al reconocimiento por parte del sujeto de que su madre (como objeto externo) está presente junto con él, y coinciden en la experiencia; se da cuenta de que hay un ir y venir entre su madre y él. Reconoce que puede hacerle daño al objeto y quiere hacerlo (tanto en la fantasía como en la realidad); así como quiere amarla. Amor y odio no cobran un valor sino gracias a la doble capacidad materna para resistir y posteriormente oponerse el ataque real (a través de la frustración), y por otra parte reparar los ataques que operan incesantemente en la fantasía del bebé. La puerta de la realidad compartida es alcanzada gracias a la desilusión. La condición para que un objeto se conciba como real es su destrucción, proceso que es consecuencia de la desilusión. Pero lo real envuelve al objeto, cuando emerge del ataque destructivo llevado a cabo hacia él. (Winnicott, 2009)

Como se ha mencionado previamente, en primera instancia el objeto no se encuentra ubicado exteriormente al sujeto, ni siquiera existe una conciencia de su existencia al ser un simple conjunto de proyecciones, el objeto vale por lo que el sujeto ha depositado en él. Este proceso de corte resulta en extremo complicado, pues al no reconocer al objeto como diferente y exterior a él, destruirlo involucra destruir todo el

manejo de proyecciones de las que es blanco; pero sólo esta destrucción hace posible llegar a usar el objeto ya que a través de ésta el objeto se puede situar fuera de la zona de control omnipotente, adquiriendo cualidades que le son propias y que lo convierten en una cosa en sí misma.

Lo que existe entre la relación y el uso es la ubicación del objeto, por el sujeto, fuera de la zona de su control omnipotente, es decir, su percepción del objeto como un fenómeno exterior, no como una entidad proyectiva, y en rigor su reconocimiento como una entidad por derecho propio (Winnicott, 2009, p. 79).

Vale hacer una aclaración, cuando se destruye al objeto, no se lo está desintegrando en la realidad material, es blanco de manipulaciones agresivas y deseos de aniquilación, pero no se entiende la destrucción en términos de extinción. Al referirse a destrucción, es la destrucción del control casi divino que el bebé había tenido hasta ese momento sobre sus objetos, reconociendo que éstos son externos a él y por decirlo así, tienen su propia forma de estar en el mundo que se deslinda de los deseos del bebé hacia ellos. Por otra parte, la sobrevivencia de los objetos al ser ubicados fuera de la zona de control omnipotente sin tomar represalias por el ataque sufrido, permite al sujeto desarrollar en su fantasía estos deseos de destrucción hacia el objeto una y otra vez.

Gracias a la supervivencia del objeto el sujeto puede entonces vivir una vida en el mundo de los objetos, cosa que le ofrece inmensos beneficios; pero es preciso pagar el precio, en forma de la aceptación de la creciente destrucción en la fantasía inconsciente vinculada con la relación de objeto (Winnicott, 2009, p. 80).

Este cambio en la percepción, altera notoriamente la relación entre sujeto y objeto, puesto que al adquirir consistencia en un espacio distinto al de la fantasía, el objeto ahora puede ser usado. El sujeto da cuenta de las características propias inherentes a cada objeto, y ahora puede usarlo en base a éstas. Ya no es una parte de su cuerpo, que le otorga una satisfacción parcial cada que él decida crear la experiencia. Por lo tanto, no responde a su poder y da cuenta de la finitud de éste, permitiéndole al sujeto el empezar a comprender la finitud de su propio ser, los límites no sólo de su corporalidad, sino de su accionar en el mundo que le rodea. Sólo a partir de esta diferenciación es que el sujeto puede usar los objetos indiscriminadamente y ubicarse a voluntad como objeto que pudiera proveerle una satisfacción a alguien más.

### ***1.2.1. Violencia en la relación de objeto***

A lo largo del camino que conduce al bebé hacia la integración de todas aquellas funciones parciales y estímulos revueltos, en lo que se conoce como personalidad. Para servir de propulsor en el proceso de incursión al mundo de los objetos, hace su aparición el primer esbozo de lo que se conoce como agresividad, que más tarde servirá de puente hacia lo ubicable como violencia. Desde el punto inicial Winnicott ubica que:

Con anterioridad a la integración de la personalidad existe ya la agresión. El bebé ya da patadas cuando está en el vientre; no hay que suponer que intente abrirse paso a patadas. El bebé de pocas semanas descarga golpes con sus brazos; no hay que suponer que trata de golpear a alguien. El bebé masca el pezón con sus encías; no hay que suponer que esté intentando destruir o hacer daño. En su origen la agresividad es casi sinónima de actividad, es una cuestión de función parcial (Winnicott, 1999, p. 276).

Al establecer la agresividad en la esquina de la actividad, resulta notorio ubicarla en la primera etapa en la cual el bebé no reconoce aún el medio ni lo diferencia de él, no ubica a su madre como existente y por lo tanto en medio de su frenesí puede morder el pezón al ser alimentado, esta acción es claramente ubicable como agresión, pero únicamente en el sendero de la actividad que evoca, producto de la excitación, en una necesidad que es claramente del orden del instinto (saciar el hambre). En este sentido la agresividad da una primitiva cuenta del amor, en la manera en que entre más hambre tiene el bebé, más excitado se encuentra una vez que su madre le presenta el objeto pecho, debido no solamente a la satisfacción física, sino a la ideación que el bebé hace del pecho y la disposición de amarlo (entendido como saciarse de él) hasta “destruirlo” (morder, jalar, golpear), sin reconocer la diferencia; como si fueran parte de lo mismo; de ahí que el amor primitivo esté ligado en primera instancia a la satisfacción de necesidades instintivas con la agresión en forma de la capacidad de destruir al objeto, debido a la imposibilidad de encontrar una satisfacción completa.

Una vez que puede reconocer la diferencia entre su madre y él, al perder el control omnipotente sobre sus objetos, se da cuenta de que los objetos sobreviven, y al adquirir características propias, entiende que sus ataques pueden causarles daño; esto resulta de forma más evidente para él, en la relación con su primer objeto de amor, la madre o en todo caso la persona encargada de sostener esta función. Los ataques a su madre ahora representan para el bebé, una lanza con dos puntas, puesto que por un lado su amor

primitivo excitado se dirige agresivamente hacia su primer objeto, mientras que por el otro reconoce su capacidad de hacerle daño y por vez primera considera las consecuencias de ello, desarrollándose de esa forma la sensación de culpabilidad. “la culpabilidad hace referencia al daño que se cree haber hecho, en la relación excitada, a la persona amada” (Winnicott, 1999, p. 278).

La incursión de la culpabilidad viene a transformar la manera en la que el sujeto se había relacionado con sus objetos hasta ese entonces; puesto que, al sentirse culpable, inicia acciones con el fin de reparar el daño causado, forjando un lazo más recíproco con los objetos a su alrededor, con los otros. De esta forma se inicia una actividad que ahora incursiona en el terreno de lo social, misma que evoluciona a partir de la agresión y que necesita de un objeto al cual dirigirse, para después retornar a él, “la actividad social no puede ser satisfactoria excepto si se basa en un sentimiento de culpabilidad personal con respecto a la agresión” (Winnicott, 1999, p. 279). Sin la presencia de este objeto, únicamente es posible una agresión que puede ser interiorizada por el sujeto, debido principalmente a la frustración que genera el desamparo, es así que el sujeto empieza a notar que existen objetos que le propinan en mayor cantidad sensaciones agradables con un grado menor de frustración, por lo que los ubica como “buenos”, al contrario de otros con los cuales la experiencia va acompañada de una cantidad mayor de frustración de modo que los establece como “malos”. Así, se inaugura la escisión de amor y odio, ya no se encuentran juntos e indiferenciados.

Al establecer objetos buenos y malos; tanto las sensaciones agradables como desagradables van estructurando al sujeto; puesto que, si bien a estas alturas es capaz de diferenciarse a sí mismo de los otros, las experiencias agradables y displacenteras en la relación con los objetos van juntándose en su interior, lo que es percibido como bueno viene a aumentar su confianza y lo que es percibido como malo se convierte en una amenaza. Por estos momentos el sujeto se llena de las experiencias y las introyecta en sí mismo con el afán de controlarlas, de modo que actúa casi exclusivamente desde su mundo interior, y se conecta con el mundo exterior a partir del juego y de los sueños. La cuestión es que al llenarse de todas las experiencias, resulta en extremo complicado determinar si dichas experiencias proceden realmente desde el mundo externo o provienen de su mundo interno, para esto es necesario el acompañamiento adecuado de aquellos que se han convertido en las figuras más cercanas a él (padres, cuidadores, etc), dado que su adecuada intervención le permite al sujeto incursionar en el mundo exterior,

en forma agresiva en primera instancia, puesto que él siente fácilmente un estado similar a la alucinación al plasmar en la pared blanca del mundo exterior un sinfín de colores que provienen de su mundo interior gracias al cúmulo de experiencias introyectadas.

En el control que el pequeño ejerce sobre su mundo interior y en su intento de preservar en él lo que parece benigno, hay momentos en el que el pequeño siente que todo estaría bien si se pudiera eliminar una unidad de influencia maligna (Winnicott, 1999, p. 282).

La influencia de las experiencias negativas provenientes del mundo exterior, va conformando una fuerza de destrucción que resulta intolerable y es sentida muchas veces como propia, conduciendo a un estado de empobrecimiento en la realidad interna del individuo, que en la proyección viene a modelar el resto de experiencias futuras, buenas o malas.

En la salud, el individuo puede ir atesorando la maldad en el interior con el fin de utilizarla en un ataque contra las fuerzas externas que parecen amenazar lo que él percibe que vale la pena preservar. Así, pues, la agresión tiene un valor social (Winnicott, 1999, p. 282).

Esta capacidad para atacar lo que es sentido como malo, se logra al fondo de un proceso de sostén por un medio adecuado, de ahí la aclaración de “en la salud”. Sin embargo, cuando el individuo se encuentra con una fuerte oposición por parte del medio que no cesa, no deja espacio para una adecuada instauración de un yo, o una que se hace demasiado temprano con el objetivo de defenderse del medio atacante. De esta manera el sujeto se puede estructurar con cierta disposición hacia verse absorbido fácilmente por las experiencias y los ataques del medio, lo que lo impulsa a un estado de seducción en el que pierde su condición; o con la disposición hacia defenderse, atacando agresivamente ya que sólo así se puede concebir como real, “aquí lo erótico logra fundirse con la movilidad” (Winnicott, 1999, p. 287), dirigiéndose agresivamente hacia los objetos y posteriormente a los otros, puesto que los erotiza en primer plano para moverse agresivamente hacia ellos. Este accionar viene a cumplir la función de encubrir al sujeto con el fin de replegarse en sí mismo, puesto que es lo único que puede hacer frente a un medio que siente que lo anula cada vez que lo ataca; “entonces el individuo *existe por no ser encontrado*” (Winnicott, 1999, p. 286).

Entonces, es este accionar el que se podría ubicar en lo que se entiende como violencia, puesto que existe una disposición a relacionarse de forma cruel con los objetos, absorbiendo de ellos tanto como sea posible. Mientras más se lo haga de esta manera, más seguro y más real será un sujeto, de esta manera asegura su existencia. Así mismo, puede entenderse que los comportamientos agresivos provenientes de la ira (provocada por la frustración), en un momento en el que el yo del sujeto esté correctamente instaurado, pueden en definitiva corresponder a la ejecución de la violencia de forma consciente como parte del arsenal del que dispone el sujeto en su relación con los objetos y los otros en el margen de lo social.

Justamente es en este plano de lo social donde la violencia hace su despliegue más notable, puesto que es la cultura, la que ubicándose en un espacio transicional pretende poner límites a las fantasías destructivas recurrentes que se propician en el sujeto, ya sea por la necesidad misma de destruir al objeto una y otra vez, asegurando su supervivencia; así como por un sentido de defensa contra un ataque que, si alguna vez fue real, puede seguirse experimentando en el plano de la fantasía. De modo que:

El individuo lleva realmente una existencia doble, en cuanto es fin para sí mismo y eslabón dentro de una cadena de la cual es tributario contra su voluntad o, al menos, sin que medie esta. (Freud, 1914-1916/1991, p. 76)

Al final del día, el cumplimiento de estos límites surge como condición necesaria para funcionar en el margen de lo social, pues éstos representan ese paso necesario por el Otro, lo cual es primordial en el advenimiento de un sujeto como tal. La forma en la que se desarrolle el intercambio y la manera en la que el Otro se haya presentado a través de la figura materna (inicialmente) forjará los cimientos de la psique, de una manera siempre única, y esto es puesto a prueba durante el largo camino de la vida individual, a partir de la confrontación con lo social. De allí que la violencia pudiera ser llevada a cabo como ataque o como defensa, pudiendo llegar a establecerse como una representación del antiguo dicho que dicta “la mejor defensa es el ataque”. Por otro lado, y debido a la pura movilidad que se pone en juego en la violencia, resulta en una herramienta social de cambio bastante difundida y reforzada en los medios de comunicación de las sociedades actuales.



## 2. ELECCIÓN DEL OBJETO ADICCIÓN

Siguiendo la definición de adicción; “estar sometido coactivamente a un quehacer placentero de tal tipo que no sea posible abandonarlo, a pesar de su peligrosidad física, anímica y social. La nota característica de la adicción es la satisfacción sustitutiva” (Doucet, 1975, p. 19), resulta desde el inicio bastante peculiar la afirmación: “estar sometido a un quehacer placentero”, que daría cuenta de que la relación que se establece con el objeto adicción está sometida al imperio del principio de placer, lo que no es del todo acertado, puesto que si bien la elección del objeto adicción sigue el camino de una elección narcisista, la relación que puede entablarse con éste es lo que le otorga al objeto el apellido de adicción, esta relación no está regida por el principio del placer sino que obedece a un principio que está más allá, el del goce. Un concepto desarrollado por Lacan y que tiene que ver con ese exceso que está continuamente censurado por la Ley, pues es una invitación a siempre ir más allá.

“Si las vías hacia el goce tienen en sí mismas algo que se amortigua, que tiende a ser impracticable, es porque la interdicción le sirve, si me permiten decirlo, de vehículo apto para todo terreno de tanque oruga de transmisión, para salir de esos lazos que vuelven a llevar siempre al hombre, girando en redondo, hacia el camino trillado de una satisfacción corta y estancada.” (Lacan, 1959-1960/1990, pág. 214)

A través de este modo de definir el influjo de la adicción en el sujeto, se da cuenta de un atamamiento a la sustancia, de una dependencia, como si existiera una imposibilidad de renunciar a la satisfacción que esta le provee, aunque dicha satisfacción se disipe al cabo de unos cortos periodos de tiempo, debido precisamente a que no se trata de una satisfacción que se rige por las leyes de lo placentero o displacentero, sino que se encuentra en el orden de la compulsión.

La dependencia al tóxico, u objeto adicción se convierte en una función de orden vital para el individuo, adquiriendo la naturaleza de un “órgano” como lo manifiesta Poulichet (2005), dando cuenta de la incorporación de este objeto al conjunto de elementos que resultan indispensables para simplemente existir. Cabe destacar que, debido a que la relación con el objeto adicción no obedece al principio de placer la satisfacción que le provee el uso del objeto adicción sirve de velo que excluye el deseo y

elimina la falta, debido a ello se exige un continuo retorno a éste a manera de compulsión (Lacan, 1966/2013).

La elección del objeto adicción no se ve marcada por el deseo, puesto que no resulta de una relación con el otro, más bien obedece a la intención de retorno a ese estado inicial de completud, carente de falta, vivido durante la experiencia de omnipotencia, la añoranza a todo el poder creador del cual el sujeto gozó alguna vez para de esta manera conseguir neutralizar cualquier tensión.

La inmediatez que reclama el objeto adicción da cuenta de la dificultad e incluso imposibilidad que tiene en el sujeto la espera a la satisfacción que pueda resultar de investir al objeto adicción, una imposibilidad para sostenerse en la ausencia del mismo reclamando que tal objeto se mantenga presente de forma continuada, sintiendo su ausencia tanto como si se tratara de una parte de su propia corporalidad. En esta vía el sujeto se sumerge en un estado alucinatorio en el cual no existe amenaza, en el que nada falte, nada sea necesario, ni la palabra, ni el otro, donde el sujeto mismo se pierda; pues desde aquí puede deslindarse y protegerse de las exigencias y amenazas provenientes del mundo interno y externo, al estar completo.

Ese modelo de satisfacción alucinatoria caracterizaría una investidura libidinal en que el yo y el otro no se diferencian. Si ese estado hipotético de la libido no se puede mantener, es porque desde el comienzo el individuo se encuentra inmerso en un baño de lenguaje, en un mundo simbólico que introduce las alternancias de la presencia y de la ausencia. Ese modo alucinatorio e inmediato de la satisfacción se opone, por consiguiente, a la temporalidad en la que se ordena toda cadena significativa (Poulichet, 2005, p. 56).

Lacan (1966/2013) mantiene que el primer objeto (madre) introduce al bebé en el lenguaje, en tanto funciona como representante del Otro, mismo que es definido como “el lugar donde se constituye el yo [je] que habla con el que escucha” (pág. 308), puesto que es en el Otro donde se alojan los significantes, donde existe el sujeto. Así, Lacan concuerda con Winnicott al establecer que es necesaria no solamente la capacidad que tenga la madre para sostener al bebé, sino también su capacidad para frustrar y desilusionar, pues es así como se produce la inmersión en el Otro. Proceso que conlleva a permitirle al sujeto el “sentirse acompañado, estando a solas”, al que hacía referencia Winnicott (2009) cuando manifestaba la capacidad del sujeto para situarse en soledad al

sentirse devorado por ella, la introducción del símbolo, al dar cuenta de la constitución de un mundo interno que retenga huellas que se instalan sin la necesidad de sus correspondientes físicos todo el tiempo, la instalación de la dicotomía presencia-ausencia. Esto le permite al sujeto al entablar relaciones con los objetos más allá de una dimensión omnipotente, en las cuales el sujeto acepta pausar su propia satisfacción por reconocer las características propias, reales, que hacen a un objeto y aceptar los límites de su propia corporalidad sobre él, aceptar que no son el mismo objeto, deteniendo así una continuidad, en primera instancia omnipotente, que parece no tener un final y que caracterizaría un estado de orden alucinatorio. Es gracias a la relación con un objeto que reconoce tanto su presencia como su ausencia, es posible un tipo de relación que vaya dirigida y permita la introducción de otro, un lazo social.

Muestra primeriza de tal posibilidad de relación es el juego, cuyas características tienen mucho en común con lo desarrollado durante el sueño, representaciones reales de un funcionar simbólico, puesto que, respondiendo a un deseo, el objeto es investido de libido y añadido al orden de la cadena significativa como otro. (Lacan, 1953-1954/1981)

Al mismo tiempo, en estas instancias de orden juego y sueño se pone en marcha la representación de vivencias, en una suerte de repetición, repetición de aquello placentero y displacentero, en estos procesos hasta conseguir “la identidad de la impresión” (Freud, 1920-1922/1992, p. 35), como si estuviera encerrado en la impresión que le ha provisto un evento en particular. En el caso del objeto adicción, puede concebirse que el sujeto se encuentra encerrado una vez más en una compulsión a la repetición que reclama también una identidad, la primera, la de la unidad. “En suma, una < unidad > es creada bajo la forma de un órgano doloroso, o de la <investidura> de un objeto único” (Poulichet, 2005, p. 109).

La relación desarrollada con el objeto adicción en este sentido viene a subvertir el orden de la cadena significativa y por tanto el orden del lenguaje, al brindar la posibilidad del acercamiento sin freno a un goce absoluto que anula el lenguaje y seda el deseo, como consecuencia a un intento de generar un retorno por parte de un gran Otro, que no deja ver su falta y por lo tanto no le ofrece un lugar en donde el sujeto pueda ser (Poulichet, 2005). Por ello es que, progresivamente, y como respuesta al dolor (del goce), las investiduras libidinales de los objetos de la realidad externa con los cuales se mantenían relaciones y lazos se van retirando, puesto que con el objeto adicción, como órgano, se

tapa la falta, por ende el deseo se mantiene dormido y no es posible ni necesaria la relación con los objetos.

Es sabido -y nos parece un hecho trivial- que la persona afligida por un dolor orgánico y por sensaciones penosas resigna su interés por todas las cosas del mundo exterior que no se relacionen con su sufrimiento. Una observación más precisa nos enseña que, mientras sufre, también retira de sus objetos de amor el interés libidinal, cesa de amar. (Freud, 1914-1916/1991, p. 79)

Al dejar de amar, deja de lado la puesta en juego de los mecanismos identificatorios así como se inicia una especie de absorción de la libido, para resistir el período de crisis el yo recupera todas aquellas investiduras efectuadas sobre los objetos, dejando al dolor como la única representación investida.

El amor de la falta, el que se funda en la falta, es el amor de Eros. El amor de la vida se homologa al *agape*, es inmotivado, desconoce la ley. Viene del Otro que genera valor: en tanto una madre ama a su hijo como afirmación de su ser, ese hijo adquiere valor. El origen del amor al prójimo es ese amor primero del Otro; es un movimiento hacia el otro en una afirmación de la existencia, que sucede a la instituyente afirmación de mi ida, de mi ser. (Vegh, 2001, p. 159)

Para lidiar con este dolor que se siente en lo físico pero que no encuentra lugar ni remedio preciso, el sujeto usa el objeto adicción como único medio capaz de “producir una [cancelación tóxica] del dolor” (Poulichet, 2005, p. 69), ya que el yo no cuenta con la suficiente fortaleza para emplear mecanismos de protección tales como la represión. Entonces, se ubica la denominada <cancelación tóxica> como el efecto directo de la relación con un objeto adicción, que viene a suprimir cualquier sensación que pueda ser catalogada de dolorosa o terrorífica, mediante el uso del objeto adicción. En este sentido el objeto adicción se inviste de modo tal que se ubica como único objeto para proteger al yo, sedándolo, pues la investidura es tal que el sujeto se ve absorbido por ella y queda sumergido, es por ello que la relación mantenida con un objeto adicción no está regida por el deseo, más bien es producto de la más sincera intención de no confrontarse con él, y bien se podría fijar como la gasolina que le permite acercarse cada vez más al territorio de goce.

El dolor mental es, por tanto, el resultado de una doble reacción defensiva: el yo retira súbitamente la investidura de la casi totalidad de sus representaciones para sobreinvertir masivamente una única representación (Nasio, 2009, p. 37).

Desde esta perspectiva el objeto adicción no se ubicaría como un objeto parcial, puesto que debido a que el Otro no responde al llamado, la satisfacción de las necesidades no hace su paso por el Otro a través de la demanda de amor, razón primordial por la que el deseo se mantiene dormido ya que:

El deseo se produce en el más allá de la demanda por el hecho de que al articular la vida del sujeto a sus condiciones, poda en ellas la necesidad, pero también se ahueca en su más acá, por el hecho de que, demanda incondicional de la presencia y de la ausencia, evoca la carencia de ser bajo las tres figuras del nada que constituye el fondo de la demanda de amor, del odio que viene a negar el ser del otro, y de lo indecible de lo que se ignora en su petición. (Lacan, 1966/2013, pág. 78)

El deseo entonces no puede evocar una nada que se encuentra tapada por el objeto adicción, pues la nada es la falta original. De allí el carácter de imprescindible que cobra el objeto, puesto que es referente de un lugar en el Otro que el sujeto no ha encontrado, “un goce mudo” (Poulichet, 2005).

## **2.1. Devorarlo Todo: El Imperio Del Goce**

Un objeto adicción, con el que se rechaza todo lo que, en otras vertientes del desarrollo, correspondería al condominio del que está compuesto el Otro; el semáforo rojo para el goce sin fin que experimenta el individuo en sus primeras etapas y que amenaza permanentemente con devorarlo, la primerísima versión de la ley. La relación con el objeto adicción termina ubicándose como ley de vida entonces porque con él elude y evita al Otro, la ley, y como la elección del objeto adicción es dada bajo una guía narcisista, la relación puede trastocarse hasta convertirse en la única relación, una relación de uno, en la que finalmente solo se vislumbra al objeto. La elección del objeto adicción entonces da cuenta de la necesidad que no pudo ser tramitada en demanda, del no retorno por parte del Otro, una no respuesta que pierde al sujeto, y a la vez sirve como intento de promulgarse un lugar, agujereando la cubierta total del Otro.

En este sentido puede decirse que el sujeto echa mano de la abyección, que no por ser un suceso propio de la perversión remite directamente a la adicción como perversión en sí misma. El sujeto usa la abyección en la medida en que se aparta de la realidad compartida, dirigiéndose a una protectora totalidad en la que rechaza las demandas

externas e internas, replegándose de los estatutos culturales, depositando en lo abyecto todo aquello que lo corta, y que lo seduce, el Otro; de allí que “lo *abyecto*, objeto caído, es radicalmente un excluido” (Kristeva, 2013, p. 8), que se encuentra en permanente amenaza de retornar y ejercer su impacto sobre el individuo, por lo que el objeto adicción en este sentido le ofrece cobertura y refuerza un proceso de abyección. Para rehusar de la influencia del Otro y lo que esto conlleva, el sujeto se aísla a sí mismo, puesto que lo abyecto “es algo rechazado de lo que uno no se separa, del que uno no se protege de la misma manera que de un objeto. Extrañeza imaginaria y amenaza real, nos llama y termina por sumergirnos.” (Kristeva, 2013, p. 11).

De esa manera se inicia un trayecto que extravía al sujeto, lo deja a la merced de su propio goce cada vez con menos posibilidad de enlazarse con los objetos para poder salir de sí, y gracias a la relación con el objeto adicción, termina resultando más cómodo reforzar la única relación que le ofrece cobijo real e imaginario, al tiempo que inhabilita el símbolo, con la caída del objeto en tanto lugar, “objeto a” (Lacan, 1966/2013).

El acto de un sujeto adicto se constituye en una escena que el sujeto desarrolla, no únicamente para lidiar con las exigencias del medio, denegar del orden simbólico que es del Otro y rechazar a otro con el que fuere posible la identificación; sino como condición básica de existencia, escalando para ubicarse por encima de las más básicas necesidades de autoconservación (comer, dormir). El intento desesperado y desesperante de un ser que al no obtener un lugar en el Otro, decide evitar las ataduras que el orden del lenguaje le dirige para su inmersión en una realidad compartida con otros, en tanto estas ataduras den cuenta de su falta, es preferible hacer como que si no hubiera falta, suprimir el deseo y mantenerse en un estado de narcisismo primario donde prima el goce.

Sin posibilidad de desear, sólo es posible gozar, experimentar el goce de un cuerpo completo, de una totalidad que no se encuentra sometida por el deseo de un gran Otro, un todo que no pudo unificarse por obedecer los dictámenes de un orden simbólico, que no responde al llamado por parte del mismo, y que por lo tanto condiciona al sujeto a no someterse a sus demandas o al influjo de las representaciones que etiquetan los significantes en la cadena, que existe, en el Otro.

La seducción se hace presente con los primeros cuidados, con los modos en que se administra la satisfacción de las necesidades, con la regulación y la

supeditación del cuerpo del niño a las exigencias y a los deseos inconscientes del Otro (Braunstein, 2006, p. 24).

Entonces, desde el momento en que el bebé sale del vientre materno, se ve no solamente bombardeado por sinfín de estímulos sino que se ve seducido por una instancia desconocida e impalpable para él, a través del cuerpo de sus padres y cuidadores, pero especialmente usando como medio al primer objeto de amor, que para circunstancias generales es la madre; por demás está decir que es a partir y a través de la madre que se hace posible la instauración de las instancias “yo/no yo” (Winnicott, 1993), no sólo resulta capaz de establecer relaciones y reconocer objetos reales, para ser capaz de esto el bebé es ubicado por su madre como parte de algo más grande, y no únicamente como parte de un mundo externo que resulta tan curioso e inmenso para él, sino como parte, componente y objeto de algo que incluso condiciona, y atraviesa a su misma madre, algo que se posiciona superior puesto que rige y demanda, ordena y limita, pero que aun sintiéndose tan descomunal carece de una existencia física, el gran Otro.

“El sujeto es esa función de articulación entre el cuerpo y el Otro, el cuerpo como Otro y el Otro como cuerpo” (Braunstein, 2006, p. 31), articulados gracias a la conversión de las necesidades biológicas primarias en demanda de amor, esa interrelación instala la función del símbolo al ofrecer un orden, un sentido y una ley, que resulta internalizada por el sujeto, permitiéndole atar eslabones en la cadena signifiante y mantener por demás clausurado al goce, pues éste actúa como actuaría un sujeto que se encuentra a punto de ser devorado por un león en un desierto de hielo, imposibilita al sujeto, lo sume en un estado de shock psíquico, donde no existe la ley pero tampoco un sentido.

El goce no es el placer; tampoco es una conquista conciente de un sujeto, sino que lo atraviesa. Más bien sería comparable al dolor. El goce sería lo que se produce en ese encuentro con algo <real> en el seno de una dimensión alucinatoria: lo que no es simbolizado (Poulichet, 2005, p. 115).

La incursión en esta dimensión alucinatoria es lo que hace tan inquebrantable la dialéctica sujeto-objeto adicción, puesto que el objeto como tal, existe realmente, el sujeto puede hacerse de él, manipulándolo, pero el goce como tal es algo impalpable, solo perceptible por el sujeto en la medida en que es imposible nombrarlo mediante el lenguaje, pero es algo que se encuentra en el sujeto desde sus inicios, y es ratificado una

vez que el sujeto, es confrontado con el deseo del gran Otro, el mundo del lenguaje y del símbolo que exige, frustra y limita.

Al rehusar a lo demandado por el Otro, se lleva a cabo un proceso de abyección en el que el sujeto se termina anulando a sí mismo en su afán de evitar confrontarse a los influjos de una realidad que se siente aplastante y amenazadora gracias a que se encuentra ordenada a partir del Otro que amenaza con devorar al sujeto mismo. El yo se pierde entre lo que está compuesto el sujeto, pierde su energía y acaba en un estado homologable con el estado de coma, pues al ser la instancia que integra los estímulos externos e internos, permite una relación consciente con los otros en la realidad, y por eso ya no es necesario. Únicamente dejando al objeto adicción, y el sujeto ahora es puro goce, por ello no es necesario tomar el café a las 8, almorzar con los amigos, llamar a mamá, el orden del mundo se ve alterado, el lugar que ocupan las cosas y personas resulta cambiado, y cosas como hablar, o dormir termina resultando visceral, el sujeto se ha trastocado en cuerpo, objeto que goza de sí. (Poulichet, 2005)

### ***2.1.1. Síntoma y Enfermedad***

La relación que se establece con el objeto adicción sigue un camino que responde a la búsqueda de una satisfacción sexual que venga a sustituir una primera moción que no pudo ser realizada, una primera relación cuya pérdida no ha podido ser elaborada por el sujeto, y éste se encuentra en un estado de añoranza infinito, una vez elegido el objeto, que en primera instancia hace parte de la realidad compartida, empieza una relación cada vez más absorbente y totalitaria, hasta que en determinados casos cobra el carácter de una compulsión una vez que se instaura la expresión que caracteriza una adicción, “estar sometido a un quehacer” (Doucet, 1975), la razón de ello no se encuentra en el lado del objeto adicción, cualquiera que éste fuere, sino que es producto de la investidura que le provee el sujeto, del lugar en que lo ubica y del goce que llega a experimentar a partir de su relación con el mismo (Poulichet, 1998).

Esto permite el libre pensamiento de que, el sujeto en adicción presenta de entrada una estructura que bien podría ubicarse en la senda de una neurosis obsesiva, debido a que la libido que inviste al objeto adicción resulta desplazada hacia él de manera tal que proteja al sujeto de la falta, de la castración dando cuenta de que “a la destrucción del complejo de Edipo se agrega la degradación regresiva de la libido” (Freud, 1925-1926/1992, p. 109), dando como resultado una configuración diferente de los lugares



simbólicos y dotando de características particulares a la instancia del súper yo que termina consolidándose más tajante en su influencia sobre el yo, misma que lo debilita al punto de que para mantenerse, se establece como escenario donde se hace posible la formación del síntoma.

El objeto adicción como medio de satisfacción de la libido ha sufrido una regresión, dando cuenta de que estamos frente a un síntoma que opera como sustituto y que, por ser resultado de un proceso represivo, protege al sujeto de encontrarse con el vacío, la falta, misma que en realidad hace referencia a dos faltas como tal:

Una se debe al afecto central en torno al cual gira la dialéctica del advenimiento del sujeto a su propio ser en la relación con el Otro -debido a que el sujeto depende del significante y el significante está primero en el campo del Otro. Esta falta retoma la otra falta, la falta real, anterior que ha de situarse en el advenimiento del ser viviente, o sea en la reproducción sexuada. La falta real es lo que pierde el ser viviente, por estar sujeto el sujeto, queda sometido a la muerte individual (Lacan, 1964/1987, pág. 152).

Desde esta óptica el sujeto resulta enfermo porque por presiones internas o externas no se le hace posible llegar a la satisfacción de sus deseos lo que hace que el yo deba regresar a buscar entre las vivencias pasadas un lugar donde poder apuntalarse y obtener la satisfacción, producto de ello, es construido un síntoma cuya función se asienta en la senda de la protección y la satisfacción.

Los síntomas de las neurosis obsesivas son en general de dos clases, y de contrapuesta tendencia. O bien son prohibiciones, medidas precautorias, penitencias, vale decir de naturaleza negativa, o por el contrario son satisfacciones sustitutivas tantas veces con disfraz simbólico (Freud, 1925-1926/1992, p. 121).

De ahí que el sujeto se encuentre atado al objeto adicción en respuesta al afecto que se ve desplazado en su uso y a la protección que le provee dicha relación, pero vale tomar en cuenta que si bien este proceso puede explicar de forma muy simple el desarrollo de una adicción, también es cierto que puede explicarla sólo hasta cierto punto, hasta el punto donde el yo débil aún permanece lidiando con las mociones del ello y los decretos del súper yo, donde todavía existe un sujeto que se encuentra permanentemente encontrado con su deseo y que rehúsa de la falta.

Al llegar a la instancia que se ha señalado en el acápite anterior, el sujeto se elimina a sí mismo, se seda, en pos de mantener al objeto adicción, niega completamente la falta y rechaza la castración, ubicándose, así como una totalidad, de modo que resulta complicado pensar que esto responde a un proceso sintomático. Mas bien, resulta más atinado decir que en esta etapa, el sujeto ha sufrido una regresión tan drástica, que se podría afirmar que éste se encuentra irremediabilmente enfermo sin ser consciente de ello puesto que el yo ha llegado a su límite y simplemente se ha suprimido, por lo que no entra en juego la instancia a cargo de responder las tentaciones del ello y los mandatos del súper yo (Freud, 1937-1939/1980).

El sujeto se vela a sí mismo a costa del objeto adicción, dotándole a éste de características tales que se asemejan a las que un niño pudiera instalar en los objetos al momento de jugar, la capacidad para representar en el objeto juego todo lo que pudiera sentirse como inadecuado y como opuesto a su satisfacción, permite no sólo tramitar las tensiones internas a través de un proceso metafórico que da cuenta de la instalación simbólica en el individuo, sino que permite la posibilidad de, en el juego mismo desarrollar una dinámica de tinte constructivo. De estas experiencias el sujeto va desarrollando una relación con este objeto que lo sustrae de la realidad compartida y lo ubica en un estado intermedio, estas características que el sujeto tan tempranamente impone al objeto juego le permiten tramitar la realidad en un ambiente que no se ubica en el terreno de lo real, sino que se desarrolla en un espacio transicional, entre la ilusión y la realidad. El objeto adicción en este espacio es dotado no sólo de la libido que no ha podido ser satisfecha de forma inicial, sino de todo el afecto que se despierta al momento de la regresión, una regresión que no se dirige a un momento del desarrollo sino al origen de éste, cuando el sujeto aún no era consciente de la castración ni de la seducción.

Si a pesar de que la libido está dispuesta a aceptar otro objeto en lugar del denegado (frustrado) la realidad permanece inexorable, aquella se verá finalmente precisada a emprender el camino de la regresión y a aspirar a satisfacerse dentro de una de las organizaciones ya superadas o por medio de uno de los objetos que resignó antes (Freud, 1916-1917/1991, p. 327).

## **2.2. Sujeto Excluido**

En la sociedad en la que nos desarrollamos hoy en día, una sociedad que venera el capital y la inmediatez, que ha sido moldeada por las consecuencias de la tan

revolucionaria globalización, lidiando con las presiones internas y las deudas externas que van moldeando las políticas internas, y a través de los ejes rectores del todopoderoso Estado se moldean las normas de relación en la sociedad, que en teoría rigen a todos los individuos que la componen. Cuando un sujeto se encuentra con otro y resulta inmerso en el medio social, se ve atravesado por las palabras de su abuelo, por las lecciones de su maestro, y conforme va desarrollándose e instalándose como un individuo irá saliendo más lejos de su círculo íntimo y cómodo, adentrándose en lo desconocido, en busca de una identidad propia. Conforme se inscriba más en la sociedad irá sintiendo el peso que conlleva existir como un individuo en la misma, puesto que las exigencias del medio van aumentando a medida que se consolide esa individualización y cada uno debe hacer su parte, con el propósito siempre firme de la productividad.

La sociedad establece los medios para categorizar a las personas y el complemento de atributos que se perciben como corrientes y naturales en los miembros de cada una de esas categorías. El medio social establece las categorías de personas que en él se puede encontrar (Goffman, 2010, p. 13).

A partir de esto la sociedad ubica el orden de las cosas, agrupando a los sujetos y objetos por grupos determinados, dotados de características que los encierran en su categoría y los aíslan de las otras, la etiqueta es tan fuerte que se ubica como única posibilidad para la mayoría de sujetos de sentirse parte de un grupo, aunque se encuentre formando parte de este grupo gracias a que cumple ciertas características que definitivamente le otorgan un carácter de “mejor” o “peor que”.

El desenvolvimiento en sociedad, la capacidad de un sujeto para ascender por los escalones de las clases sociales le otorga espacios y hasta derechos diferentes al de alguno que se encontrare en un escalón inferior, entonces resulta que ambos, de manera tan simple, terminan confinados a un determinado espacio, desde el cual, y sólo desde el cual pueden realizar sus actividades, hasta donde les sean permitidas por aquellos que se encuentran más arriba. Es así como este individuo confinado a un espacio determinado resulta acompañado de más individuos con los que comparte características y que han sido confinados al mismo espacio. Desde esta esquina y consiguientemente a la relación con sus pares el individuo construye sus ideas sobre normal, aceptable, bueno y sus correspondientes antónimos.

Dicha modificación da cuenta de la influencia que tiene el discurso del otro para el sujeto que se integra al grupo social, tanta influencia que puede modificar bruscamente un pensamiento, como sería el típico caso de la madre que se preocupa porque su hijo adolescente ya no se viste con los sacos que le confecciona o la acompaña a la iglesia desde que mantiene relaciones con un grupo de personas específicas; de esta manera un ascenso o descenso en la pirámide social que incurra en la colocación en otro grupo confrontará al sujeto con modos de ver el mundo distinto así como la presencia de bases morales y éticas diferentes que pueden arraigarse en lo más profundo del individuo en pos de obtener aceptación y reconocimiento (Goffman, 2010).

Un individuo antes de consolidarse como tal, debe, no solamente llevar a cabo el proceso de la integración de estímulos, necesidades y satisfacciones para componer su personalidad; sino que a partir de su incorporación al medio social, debe cumplir con lo que éste medio demanda de él, para de esta manera establecer su identidad, por ello es que una etiqueta social puede propulsar al sujeto hacia unas elaboraciones que no sólo hagan que destaque entre el resto sino que puedan ubicarse socialmente como interesante, positivo; mientras que por otro lado una etiqueta aplastante y rectora obtenida por un rasgo o acto en particular que sirva de excusa a la exclusión del sujeto de una categoría socialmente aceptada, puede ubicar al sujeto en un sendero que ratifique una posición en la que se anulen los lazos con los objetos. En esta sociedad que guarda el polvo bajo el sillón para evitar el embrollo que pudiera resultar el barrer la casa, éste es el caso de la etiqueta social que se establece alrededor del objeto adicción y del sujeto que lo usa.

Debido a esto se hace necesario resaltar que para la sociedad en la que nos desarrollamos, no es lo mismo un partido de fútbol que un evento cultural gratuito, no da igual una persona de color caminando por la calle en la madrugada que un sujeto que camine de la misma forma pero que use un uniforme que confirme su pertenencia a una entidad de protección estatal, es determinante como existe la tendencia a agrupar un sujeto en un estándar distinto y prácticamente opuesto al del otro.

Mientras el extraño está presente ante nosotros puede demostrar ser dueño de un atributo que lo vuelve diferente de los demás (dentro de la categoría de personas a la que él tiene acceso) y lo convierte en alguien menos apetecible, en casos extremos, en una persona casi enteramente malvada, peligrosa o débil (Goffman, 2010, p. 14).

Esto quiere decir que si, alrededor del objeto adicción, se habla de que el objeto hace referencia al trabajo, al sexo o a las drogas, el impacto social que ocasionará será notablemente distinto, debido a que los estándares que se mantienen alrededor de cada uno de ellos se diferencian entre sí, dando como resultado que muy probablemente un sujeto que desarrolle una relación de tinte adictivo con el trabajo será menos censurable por la mirada del otro que un sujeto que de forma manifiesta y evidente decide permanentemente priorizar actividades que conlleven un cierto porcentaje de encuentros sexuales y que un sujeto que se encuentre en pleno uso continuo y deliberado de una sustancia, o droga en el medio laboral, sin indicar que dichos sujetos manifiesten una adicción como tal con estos objetos. Es entonces que estos objetos poseen unas determinadas connotaciones sociales, o atributos por lo que los sujetos que se encuentren relacionados a ellos los absorben y en el campo de la adicción, esto procura una diferencia notable especialmente si el objeto adicción elige su representación en un objeto droga, más si se sitúa en el campo de las drogas ilícitas, puesto que debido a este apellido, se encuentran en el rincón de lo apartado por la sociedad, bajo las etiquetas negativas que conlleva la ilegalidad.

Todo esto permite la construcción de un criterio en el que la adicción se convierte en un problema alrededor del objeto y no del sujeto puesto que los atributos que se le confieren al mismo construirían un estigma en el sujeto que lo use, lo que sería motivo de exclusión. Debido a que es justamente el estigma un “atributo profundamente desacreditador” (Goffman, 2010, p. 15) que afecta radicalmente el lugar del sujeto en la sociedad, el acceso que pueda tener a los otros, y lo confina a un espacio y grupo de personas con las cuales comparta este atributo como única posibilidad de relación, lo que agrava y afianza la consolidación de la relación con el objeto droga, u objeto adicción y eliminación de un sujeto, pues la sociedad ya lo eliminó.

Lo irónico es que si bien a partir de la exclusión se inauguran espacios donde los individuos usuarios de sustancias se congregan a usar su objeto predilecto, es también en la senda de la exclusión donde se instauran los espacios de rehabilitación; para que el individuo se recupere, se lo aparta del resto de la población, de igual forma que la sociedad lo excluyó al percibir un esbozo de su relación con el objeto. Debido a ello que su reinstalación en sociedad resulta ser un proceso tan complejo y lleno de reveses; alimentando la idea de que los mecanismos de acción establecidos por el sistema social que fijan los estándares sociales y los atributos individuales y grupales, están muchas

veces dirigidos hacia un control permanente de aquellos componentes de la sociedad, “la estigmatización de aquellos que presentan malos antecedentes morales puede funcionar claramente como un medio de control social formal”. (Goffman, 2010, p. 173)

Alrededor del sujeto que usa un objeto adicción, es necesario tomar en cuenta la primicia inicial de que la relación dada con el objeto adicción llega a instalarse de tal manera que sustituye a la relación con un otro, dado esto por la cualidad sustitutoria del objeto adicción que le provee al sujeto de satisfacción para llegar en una instancia posterior a sustituir todas las otras representaciones que pudieren proveerle satisfacción y desplaza así el condomio de demás relaciones establecidas en el campo de relaciones de objeto donde se reconoce un otro, y que se encuentran promovidas por el deseo, es decir, básicamente la relación con el objeto adicción excluye al sujeto, pero ¿en qué instancia el sujeto decide conscientemente excluirse no sólo de una realidad compartida para procurarse una relación más satisfactoria e íntima con el objeto, o la relación con el objeto adicción es un producto mismo de la exclusión que confina al sujeto a encontrar un lugar que lo cubra de la tormenta.?

Como ya se había mencionado, el objeto adicción entre otras cosas, le ofrece al sujeto protección, lo cubre, sirve como un medio por el cual el sujeto pueda lidiar con las exigencias de la realidad, de esta noción se puede desprender sin mucho conflicto, que entre mayores sean estas exigencias, más fuerte deberá ser la cubierta que el objeto adicción pudiera proveer en su uso, echando mano de la compulsión para poder tapar esas resquebrajaduras en el techo que pudieran aparecer en los momentos donde prime la ausencia y que atenten contra la totalidad y la seguridad del individuo.

### ***2.2.1. Objeto adicción y delincuencia***

Ambos conceptos, se encuentran juntos en el campo de lo excluido, lo que la sociedad desecha y rechaza, en este sentido el primero podría ser la excusa que necesitaría el segundo. Puesto que, por la relación con el objeto adicción un sujeto resulta excluido del orden social, para proveerse del objeto que le provea la satisfacción y a modo de desquite de la sociedad, deviene en un sujeto que delinque en pos de tomar de la sociedad lo que necesita para su práctica y lo que siente que le pertenece de la misma, lo que ésta le debe. Los espacios compartidos por sujetos excluidos se instalan como espacios ubicados paralelo al resto de la sociedad, al margen, los demás siguen operando a costa de estos, y es desde estos espacios excluidos del condomio de la sociedad que los

individuos se organizan, y desde la carencia, la falta y la exclusión se integran a la sociedad y generan intercambios en la misma.

Los estratos más bajos de la sociedad están contruidos en base a la carencia, debido a que básicamente se encuentran conformados de individuos excluidos que se agrupan según sus características, aquí es donde comúnmente el grupo de los sujetos en adicción y los sujetos antisociales o delincuentes pueden encontrarse, incluso presentándose como característica de un mismo individuo. Esto se da debido principalmente a la relación que ambos guardan con la falta y no debido a que exista una relación causa-efecto entre ambos, y es así como la exclusión como tal es aquella que acerca los conceptos e incluso los junta en la misma persona.

Un sujeto que se desarrolla inicialmente siendo parte de un grupo social determinado y que por la relación que desarrollaría más tarde con el objeto adicción, cocaína, resulta por ello excluido de su contexto social y confinado a descender en la pirámide, para ser ubicado en un espacio nuevo, con individuos desconocidos. Desde aquí las connotaciones morales y sociales de las cosas resultan distintas y la ley puede instalarse cada vez más difusa al estar rodeado de individuos que, en su mayoría han sido victimizados por ella o la han trastocado de manera tal que justifique su exclusión, es más fácil que dicho sujeto en relación con un objeto adicción desarrolle una conducta antisocial.

Se estableció que el estigma con respecto al objeto adicción se ve instaurado en mayor medida, si dicho objeto se ubica alrededor de una representación negativa para la sociedad, como las drogas ilícitas, o si la compulsión al uso del objeto resulta en extremo evidente para todos aquellos que comparten una porción de experiencia con el sujeto en adicción. Por ello que el estigma inherente a los procesos adictivos, en su capacidad de exclusión resulta cómodamente enlazable con los procesos delictivos o los comportamientos antisociales, llevados a cabo por el mismo sujeto y señalando con ello que ambos procesos se encuentran enlazados, dado que ambos hacen parte del grupo de lo rechazado por la sociedad. (Goffman, 2010)

Si nos situamos en la delincuencia únicamente, podemos empezar tomándola como lo expresado antes, un reclamo a la sociedad, siguiendo dos vías: “la búsqueda del objeto y la destrucción” (Winnicott, 1990, p. 85); desde esta óptica resulta curioso que como reclamo haga referencia a una falta, pero hasta qué punto la sociedad es aquella

responsable de esta falta. Como se ha indicado de manera radical a lo largo de este trabajo, la influencia del medio sostenedor en las primeras etapas de la vida, resulta vital, el accionar de una madre suficientemente buena es el que permite el establecimiento de la confianza necesaria para crear el mundo, la integración de la personalidad en el bebé, el establecimiento de los límites entre su propia corporalidad y el mundo exterior, así como el reconocimiento de una realidad interna, con ello la posibilidad de experimentar un sentido de omnipotencia y también responsable de dotar al sujeto de todo lo necesario para salir de esta experiencia y lidiar con unos objetos y una realidad que no se encuentran sometidos a su control.

Siguiendo este sendero, el sujeto desarrolla progresivamente la capacidad para darse cuenta de la dualidad de su amor primitivo, puesto que se empieza a dar cuenta de la capacidad que tiene para hacer daño al objeto al que ama, desarrollando así la capacidad para sentir culpa y preocuparse, lo que desemboca en una intencionalidad de reparar el daño hecho, lo cual es posible gracias a la facultad de la madre para ser objeto y ambiente.

Una vez establecida la confianza en este ciclo benigno y en la expectativa de una oportunidad de dar y reparar, el sentimiento de culpa con las mociones del ello sufre una nueva modificación. Para designarla, necesitamos un término más positivo: por ejemplo “preocupación”. En esta nueva fase el bebé adquiere la capacidad de preocuparse, de asumir la responsabilidad por sus impulsos instintivos y por las funciones correspondientes. Este proceso suministra uno de los elementos constructivos fundamentales del juego y el trabajo, pero en el proceso evolutivo fue la oportunidad de dar y contribuir la que hizo posible que el bebé fuera capaz de preocuparse (Winnicott, 1990, p. 71).

Una vez instalada la capacidad de preocuparse y de contribuir, se pone en marcha un proceso que Winnicott (1990) enumera de la siguiente manera:

1. Todo marchaba suficientemente bien para el niño;
2. Algo alteró tal estado de cosas;
3. El niño se vio abrumado por una carga que excedía capacidad de tolerancia y sus defensas yoicas se derrumbaron;
4. El niño reorganizó, apoyándose en una nueva pauta de defensa yoica de menor calidad;



5. El niño empieza a recobrar las esperanzas y organiza actos antisociales, esperando compeler así a la sociedad a retornar con él a la posición en que se hallaban ambos cuando se deterioró la situación y a reconocer el hecho;
6. Si esto sucede (ya sea luego de un período de cuidados especiales en el hogar o, en forma directa, durante una entrevista psiquiátrica), el niño puede dar un salto regresivo hasta el período previo al momento de la privación y redescubrir tanto al objeto bueno como el buen ambiente humano que lo controlaba a él, cuya existencia, en principio, lo habilitó para experimentar impulsos (incluidos los destructivos). (Winnicott, 1990, p. 75)

La exposición a un evento que mueva las paredes del refugio interno que hasta ese momento se había mostrado tan confiable y seguro; un evento o un cambio que lo desestabilice de tal manera que deba buscar nuevos postes donde apuntalarse, un evento tal de naturaleza arrebatadora, pues, en definitiva su consecuencia es la privación, “en otras palabras, el niño ha perdido algo bueno que, hasta una fecha determinada, ejerció un efecto positivo sobre su experiencia y que le ha sido quitado [...]” (Winnicott, 1990, p. 84). El medio suficientemente bueno, en sus posiciones de objeto y medio, de blanco y de fuerza reparadora, junto con la inclusión de la ley, va construyendo en la naturaleza del sujeto una especie de esfera, un marco que se interioriza, desde el cual desarrolla la confianza para generar intercambios con los otros sociales y desde el cual lidia con las exigencias de la sociedad.

Si este medio falla, el hogar, por cualquiera que sea la razón, los límites resultan franqueados y la seguridad burlada; ubicando al sujeto en una posición en la que es él mismo el encargado de buscar otras fuentes a las cuales dirigirse (sociedad) para reinstaurar los límites y realzar las bases que sostenían el marco que le proveía de confianza y seguridad, y que a su vez proveía de seguridad a los objetos que le rodean, debido al accionar de la ley que coartaba el accionar cruel del amor excitado del sujeto sobre los objetos. Al derrumbarse esta esfera por una acción exterior, dependerá de qué tanto se haya encontrado interiorizada, al suceder en momentos iniciales o en los que aún no se encontraba consolidado un marco interno, pues el sujeto es prácticamente dejado a su suerte, sin límites, sin responsabilidades, pero también sin un piso y un espacio físico o imaginario que pueda sentirse suyo y en el que se encontrara seguro.

La opinión corriente es que, al encontrarse “libre” procede a disfrutar de esa situación. Esto está lejos de la verdad. Al ver destruido el marco de su vida, ya

no siente libre. Se torna ansioso, y si tiene esperanzas, comienza a buscar un marco fuera del hogar. El niño cuyo hogar no logra darle un sentimiento de seguridad busca las cuatro paredes fuera de su hogar; todavía abriga esperanzas, y apela a los abuelos, tíos y tías, amigos de la familia, la escuela. Busca una estabilidad externa sin la cual puede perder la razón (Winnicott, 1990, p. 78).

En este sentido la delincuencia se desarrolla con la intención de encontrar algo que fue arrebatado y que además era sentido como propio, ubicar unos límites confiables y encementar el inestable piso desde donde se posiciona el individuo, como resultado al fracaso de los intentos de proveer un contexto saludable, seguro y controlado, recurriendo a todas aquellas fuentes que pudieren proveérselo, hasta llegar a exigirlo de la misma sociedad, de la cual reclama un interés y un control, implícitamente a través de actos antisociales que violan claramente las barreras impuestas por la cultura pero que no son más que intentos de regresarse a sí mismo a un momento y lugar donde gozaba de confianza para ser, desde donde podía reconocer la capacidad que tiene de construir y no solo su potencial destructor.

El niño provoca reacciones ambientales totales valiéndose en particular de la destructividad, como si buscara un marco en constante expansión, un círculo cuyo ejemplo inicial fue el cuerpo o los brazos de la madre. Podemos discernir una serie de encuadramientos: el cuerpo de la madre, sus brazos, la relación parental, el hogar, la familia (incluidos los primos y otros parientes cercanos), la escuela, la localidad de residencia con sus comisarías, el país con sus leyes (Winnicott, 1990, p. 85).

El sujeto delincuente debido a su imposibilidad de sentirse preocupado con cada acto aprieta los limitantes que el exterior pudiera presentar, permanentemente, puesto que sólo haciéndolo así, de manera continuada, consigue dibujarse a sí mismo un alrededor, un espacio que se encuentra controlado y limitado por una entidad externa, cada accionar es un reclamo de retorno de estos límites, un intento de tomar de la sociedad lo que siente que le hace falta para así poder depositar su confianza en ella y desde aquí poder darle algo y construir. Algo que por otra parte es sentido por la sociedad como la reafirmación de la razón existente para excluir a dicho sujeto.

Por otra parte el objeto adicción le ofrece al sujeto un medio y un lugar donde no debe responder a las exigencias de la sociedad, desde donde puede apartarse de ésta, renegar de su atadura para con el Otro, y excluirse a sí mismo de las limitaciones sociales;

salirse de cualquier marco o círculo que pudiera rodearlo y alcanzar un estado de completud gracias a la incorporación del objeto adicción; desestimando así la existencia de una falta como tal, en lugar de la ratificación de la misma que se da junto al acto delictivo. Por ello se tiene que:

La mayoría de los delincuentes son en cierta medida enfermos, y la palabra enfermedad se torna adecuada por el hecho de que, en muchos casos, el sentimiento de seguridad no se estableció suficientemente en los primeros años de vida del niño como para que éste lo incorpore a sus creencias. Un niño antisocial puede mejorar aparentemente bajo un manejo firme, pero si se le otorga libertad no tarda en sentir la amenaza de la locura. De modo que vuelve a atacar a la sociedad (sin saber qué está haciendo) a fin de restablecer el control exterior (Winnicott, 1990, p. 79).

En esta medida, objeto adicción y delincuencia se encuentran básicamente en la exclusión y se entrelazan debido a que el segundo pudiera permitirle al sujeto abastecerse del primero, pero ambos siguen líneas diferentes de evolución. En cierto modo, un sujeto delincuente pudiera desarrollar una relación de tinte adictivo con un objeto gracias al comportamiento antisocial que se evidencia en todo acto; especialmente si se trata de objetos cargados de connotaciones sociales negativas. Un sujeto en relación con un objeto adicción por otra parte podría usar la delincuencia para perpetuar su relación en el momento en el que debido a la exclusión no fuera capaz de abastecerse por medios social y legalmente aceptados, pero sus acciones no conllevarían un reclamo ni un intento de control por parte de un ente exterior, lo importante en este sujeto es sostener a su objeto adicción, pues es éste quien se ubica como su marco, es éste quien le ofrece ese refugio interno donde no se sabe acerca de la falta.

### 3. LAZO SOCIAL Y OBJETO ADICCIÓN

Desde el momento que el bebé nace, se ve totalmente sumergido en el lenguaje, bombardeado por las diferentes vías que tiene de diseminarse y como requisito para una inserción a una realidad compartida, gracias al accionar de un medio suficientemente bueno. El bebé se va construyendo de una manera determinada, integrando su personalidad bajo la tutela de una madre que timonea la barcaza desde la cual el bebé se va aproximando al mundo, desde la cual vive la omnipotencia y sale de ella, desde la que se relaciona con los objetos, siempre con las marcas de lo que provee lo heredado y lo moldeado desde el deseo propio de la madre. (Winnicott, 1999)

Bajo esta línea resulta claro que “El ser humano no sobrevive si no hay otro que lo reconozca en su existencia.” (Vegh, 2001, p. 15). Las reglas del juego van siendo presentadas de forma particular, puesto que él o los sujetos que se las presenten al bebé se encuentran a su vez moldeados de forma particular por el lenguaje y por el discurso imperante en lo social; estas diferencias hacen mella en las columnas donde el niño va conformando su modo de ser y estar en el mundo.

Debido al cambio de los discursos sociales y a la supervaloración de los objetos producidos en la sociedad actual, los lugares se muestran como pasajeros, la fluidez imparable con que avanza el día a día se torna amenazante para la conservación del sujeto; entonces:

Las adicciones aparecen como un paradigma de la psicopatología de nuestra época. Época marcada por la disgregación familiar, por el debilitamiento de los lazos amorosos objetales profundos y duraderos, por la automatización de una comunicación cada vez más masiva y desafectivizada, por un consumismo irracional en un mundo globalizado y por un descreimiento cada vez más notable en las figuras que representan la autoridad (Triaca, 2000, pág. 49).

Los lazos se presentan cada vez como escenas temporales, que atan al sujeto a la obligación de existir, al irse trastocando en construcciones poco duraderas con los objetos de amor, aquello que mantiene al sujeto resulta cada vez más turbio y frágil “Sin amor bien enlazado, no hay corte con el goce parasitario” (Vegh, 2001, p. 79). La ausencia de un corte que haga las veces de borde, es reforzada debido a lo nubloso con que se presenta la ley en los tiempos de actualidad. Esto genera en el sujeto una repudia instantánea al

sentir que la ley como tal obedece a los caprichos de la cúpula del sistema social, que puede fácilmente establecerse como una parte más que conforma al Otro.

El lazo social entonces viene a anudar un individuo hacia otro, a la medida en que éste puede estar sin estar y ser sin ser, es decir, a partir de una inscripción en los tres planos (imaginario, simbólico y real), produciendo otro capaz de ser convocado.

Cuando decimos “invocar al otro”, nos referimos al otro real, ese que acude con sus tres registros, y al que convocamos al lugar de nuestra falla, desde nuestra falla, para que responda como remedio y reparación. Precisamente allí reside la diferencia: no lo convoco desde mi falta, sino desde mi falla (Vegh, 2001, p. 43).

De esta manera, el otro cumple su función estructurante en pos de responder a una necesidad del sujeto, una función que sirve de pomada a las heridas que van pintando el camino del individuo ubicado en el margen social. De esto que incluso ubicado al margen del movimiento social, el sujeto puede invocar otro, en tanto sea un semejante, en tanto introduzca la falta a consecuencia de su opacidad, la función de este otro opera en términos “de una reparación del nudo que permite el encuentro con la falta y descompleta al Otro.” (Vegh, 2001, p. 44), en tanto establecimiento de un lazo social.

Cabe destacar que del estado de dependencia absoluta en el que nace el bebé, progresivamente va distanciándose hacia los puertos de la independencia, desde los cuales el sujeto echa mano de lo que tiene en su mundo interno, y se procura un lugar individual en el medio social. Para llegar a este momento, el punto que viene a cobrar un carácter rector es aquel de confrontación con el complejo de Edipo, puesto que en todo este proceso es donde se instalan los fundamentos que guiarán la existencia del sujeto en adelante, la ley desarrollada de la inicial “angustia de castración” y la instauración de la instancia conocida como súper yo, que:

Prosigue las funciones que habrían ejercido aquellas personas [los objetos abandonados] del mundo exterior; observa al yo, le da órdenes, lo juzga y lo amenaza con castigos, en un todo como los progenitores, cuyo lugar ha ocupado. Llamamos super yo a esta instancia, y la sentimos en sus funciones de juez, como nuestra conciencia moral (Freud, 1937-1939/1980, pág. 207).

Desde esta conciencia moral es que el sujeto se instala en sociedad, dado que rige sus acciones para con los otros, y como proviene del mundo interno, el sujeto no puede escapar de ella, siempre presente, siempre regente. Las condiciones previas y posteriores

que caractericen el sujeto posterior al atravesamiento del complejo de Edipo, darán cuenta de las facultades que disponga el mismo para enlazarse a los otros en el lenguaje, para enlazar eslabones en la cadena significativa e identificarse con los deseos de los otros.

Conforme a la instauración de un super yo en extremo rígido y castigador, se instaure correlativamente un ideal del yo, que se erige como inalcanzable, lo que facilita una posterior escisión en el yo que se ve aplastado por un ideal que es inaccesible, como un marco vacío” y que es castigado por ello a través del super yo, entonces:

La falta parcial de una mirada un deseo del Otro primordial sería igualmente susceptible de instaurar en ese marco vacío un “cristal delgado”, que impidiera tocar y ser tocado. (Poulichet, 1998, p. 111)

La instalación de este cristal delgado viene a modificar la manera en la que el individuo se relaciona hacia el mundo, así como la manera en la que el mundo lo ve. Irónico como a consecuencia de una falta de atención por parte del Otro, el sujeto decide seguir otros caminos que, en lugar de acercarlo, lo alejan aún más.

Entonces, un sujeto no lleva lo mismo que otro al campo escolar o laboral, la forma en la que se relaciona e identifica con los otros corresponde a un modo de acción particular, cuenta con diferentes maneras y vías de tender lazos hacia los otros, sujetos y objetos, así como la formación de una suerte de filtro que venga a moderar los otros posibles de anudamiento a través del lazo.

El mozo del bar que me ofrece café, en efecto, puede funcionar como prójimo en la medida en que lo invoque como tal. También puede ocurrir que me sirva café y sea sólo el otro, ese otro a cuyo lado paso sin enterarme. Pero si lo convoco, al modo de “tú eres quien me seguirás”, entonces puede funcionar como *sinthome*. (Vegh, 2001, p. 43)

Al momento de ser convocado, este otro, resulta exhibido bajo la estela de un lazo, que se establece como posibilidad de desplazamiento y representación de lo que no pudiera ser tolerado, ofreciendo una vía alterna donde conducir la insatisfacción. El lazo a su vez es un hilo que conduce la cultura, el lenguaje, la falta, el deseo, permite la consolidación de una relación en la que se pongan en juego los mundos internos de unos sujetos que coinciden. Por otra parte, también genera en el sujeto el “clic” que se produce al coincidir en espacio y tiempo a petición, al responder con la presencia a una demanda

de amor que va más allá de la estela del simple intercambio que las normas de comportamiento socialmente difundidas y aceptadas vigentes.

La acción de convocar otro no es poca cosa puesto que da cuenta de la existencia de un ancla que fija la existencia del sujeto, lo ata al suelo de la realidad compartida y con uno que se mantenga resulta suficiente y necesario, incluso los sujetos expuestos a sí mismos como autosuficientes, independientes, “tipos malos”, que no necesitan de nadie precisan una pared donde arrimarse:

De modo que cuando se encuentren con algún malvado que alardea con las banderas del mal de su prescindencia del amor pregunten que otro malvado como él le resulta imprescindible. Hay por lo menos uno, del cual precisa su amor; cuando ese uno falta, el sujeto cae. (Vegh, 2001, p. 15)

De allí la importancia de este uno, aquel que ocupe el lugar del desplazamiento, del síntoma, y que permita un lazo social a manera de sostén, del cual el sujeto se puede aferrar más allá de una mera representación física o un contacto permanente, la amistad:

A quién no le ocurre que tiene un amigo o una amiga, con quien se ve quizá tan sólo una o dos veces por año, pero con cuya presencia cuenta, aun cuando no lo recuerde conscientemente; el reencuentro con ese amigo no provoca un “¡Cuánto tiempo hace que no nos vemos!”, sino la continuidad de un lazo: siguen conversando como si se hubieran visto el día anterior. Es el amigo que anuda en el lugar del *sinthome*. Y aunque no se vean por un tiempo, el nudo se sostiene. (Vegh, 2001, p. 167)

Inevitablemente llega el momento en el que los intercambios en los espacios que resulten de carácter no íntimo se instalan como los predominantes, el jardín, la escuela, el colegio, la universidad, el trabajo, etc; espacios donde el sujeto se ve desafiado cada vez en mayor medida al incorporarse cada vez de forma más autónoma y absoluta al sistema para procurarse un lugar propio. Espacios que en su cualidad de compartidas, elaboran una escena donde se encuentra en conjunción muchas existencias al mismo tiempo, al confrontarse con otro, la inclinación predominante en el sujeto lo invita a poseerlo, en tanto se encuentra trazado por el sujeto mismo, a partir de una primeriza identificación como objeto del mundo, y en tanto instancia de estructuración propia que se establece bajo la etiqueta de semejante, pero la experiencia enseña que al tratarse de

otro, no es posible poseerlo sin extinguirlo, y al extinguirlo se corre el riesgo de perder con el otro, una porción de sí.

En ese afán de poseer al otro, encuentro a ese otro irremediamente bordeado por mi comprensión, aquello que conozco de sus hábitos, de su historia, en ese contrapunto entre lo actual y la serie temporal (sus hábitos son el despliegue de su historia). Cuando comprendo esto, advierto que hay una opacidad del otro, algo que escapa, un resto de goce, más allá del que pretendo lograr como exacción. Sólo me queda matarlo. Pero si llevo a cabo el asesinato, me quedo sin el otro y lo que él me significa (Vegh, 2001, p. 34).

La creación de un lugar que pueda ser sentido como propio es lo vital para el individuo en la sociedad. Claro está que al nacer inmediatamente el bebé hace parte de un grupo social determinado dictaminado por los poderes directivos del Estado, y que responde al lugar en que estén ubicados aquellos donde se desarrolla, su conjunto familiar.

Y con ello, no sólo adquieren vigencia las cualidades personales de esos progenitores, sino también todo cuanto haya ejercido efectos de comando sobre ellos mismos, las inclinaciones y requerimientos del estado social en el que viven, las disposiciones y tradiciones de la raza de la cual descienden (Freud, 1937-1939/1980, p. 208).

Heredando así su lugar social, sólo desde el cual el sujeto podrá dispararse a otras esferas siempre y cuando exista un orden social que lo autorice o en su defecto que lo provoque (exclusión). Al mismo tiempo se produce una herencia de la carencia, dictaminando una suerte de sentencia en los sectores más desprovistos de la sociedad.

El sujeto se ve compelido a una serie de derechos y obligaciones que se suman a lo dictaminado a partir de su conciencia moral. Ahora, existen varios factores externos e internos por los que un sujeto tal, modifica su forma de relación con los otros, entre estos factores puede claramente ubicarse la elección de un objeto adicción como un facilitador de la modificación del lazo social, debido no sólo a la connotación social que pesa sobre un sujeto adicto o un objeto adicción (características que dan cabida a la exclusión); sino debido al lugar que el objeto adicción se procura en el mismo sujeto, ya que debido a los reveses de la relación sujeto-objeto adicción, el sujeto termina alterando la forma que tiene de existir con otros en el mundo social, el orden común de las cosas se ve trastocado como consecuencia de que:



Como el Yo [*Je*] no pudo constituir aún su propio tiempo y su propio lugar en el lenguaje, unas experiencias traumáticas precoces hicieron a ese lugar no susceptible de investirse en el lazo con el otro y en una historización (Poulichet, 1998, p. 40).

De esta manera la relación con un objeto adicción se desarrolla en conjunto, con la familia, los compañeros, la sociedad, y si bien viene a transformar básicamente todo lo existente hasta el momento en la realidad compartida del sujeto, se desarrolla facilitado por las condiciones actuales y en respuesta a un momento en el que los mensajes no están claros, nada permanece, todo cambia; una alza en contra del constante cambio, un grito de alto en medio de una realidad que avanza siguiendo el viejo dicho “si me retrasa, lo dejo”. Así es que la relación con el objeto adicción puede llegar a establecerse como aquello que viniera a romper el lazo social como tal, en la medida en que le permite al sujeto la oportunidad de bajarse de la realidad al mismo tiempo que lo protege de la misma, anula todo acto de lenguaje, puesto que el lenguaje atraviesa al sujeto y como tal, es sentido como doloroso por aquel que, desposeído de un lugar donde ser y bajo un imperativo cultural que le exige gozar, se sume en el uso sin fin del objeto adicción, desmintiéndolo todo en cada jalada, fumada, o compra autómatas de lo más a la moda en el mercado.

La incapacidad de ese Otro para dar un curso a su propia incompletitud y liberar un vacío a ocupar priva parcialmente al sujeto de un “lugar vacante” en el que puede aferrar su deseo y, desde allí “morder la realidad” (Poulichet, 1998, p. 68).

Esta instancia superpoderosa parece negarse a “arrendar un piso” como lugar para ser, dando como resultado una imposibilidad de prevalencia del deseo, puesto que no existe un escenario donde pudiera anclarse, y la única vía de sobrevivencia es aquella opuesta a la que sigue para completar al Otro.

### **3.1. Lugar del objeto adicción**

Desde la óptica que se intenta mantener, el problema concerniente a la relación con el objeto adicción se encuentra alrededor de la pregunta por un lugar, como la más pequeña y deforme pieza de un gran rompecabezas, que se siente a sí misma parte de éste, eso le provee de una función, diminuta, pero necesaria, para completar la representación que verá la luz una vez completo el popular juego de mesa.

La metáfora pretende manifestar de forma más contundente el hecho de que desde el comienzo de su vida un ser humano ocupa un espacio determinado, un lugar, que en inicio es otorgado por su madre, pero que posteriormente y en respuesta al deseo propio se ampliará más allá de un espacio físico, sintiéndose como un conjunto de características reconocidas y aceptadas por los otros.

Al integrarse al medio social, en la búsqueda de su identidad procura ampliar las barreras del lugar que siente como suyo y si bien el lugar de un individuo en sociedad es en parte logrado por sí mismo, en mayor medida es impartido desde las alturas político-socio-económicas; pero en cualquier caso le provee al sujeto de una función social. Misma que puede desempeñarse con suma satisfacción, que puede ser llevada a cabo a cuestas, pero desempeñada a fin de cuentas, o que puede ser sentida como opresiva, aplastante hasta el punto de que se incorpore un medio para no cargar con ésta, el objeto adicción. Al no existir una relación satisfactoria entre el individuo y el lugar que siente ocupar, la realidad puede ser percibida de forma aniquilante, una amenaza, como cuando el niño es confrontado con la niña sin ropa y puede confirmar la falta de pene en su compañera. Si la realidad se siente así de amenazante y el sujeto no consta con lo necesario puede recurrir a un mecanismo tal y como el niño podría presentar con el fin de protegerse y rehusar de la castración.

El varoncito no ha contradicho simplemente su percepción, no ha alucinado un pene allí donde no se veía ninguno, sino que sólo ha emprendido un desplazamiento (descentramiento) de valor, ha transferido el significado del pene a otra parte del cuerpo, para lo cual vino en su auxilio—de una manera que no hemos de precisar aquí—el mecanismo de la regresión (Freud, 1937-1939/1980, p. 277)

El objeto adicción por este lado cobraría el significado del pene que es sentido como parte del sujeto mismo y que con su presencia protege de la castración, anulándola, al mismo tiempo que la abominable realidad puede ser destruida, una y otra vez, aunque sea en la fantasía, de forma mágica, haciendo alusión a un estado anterior cuando el sujeto gozaba de la omnipotencia primigenia.

Un poder que el sujeto puede adquirir solamente en un estado de totalidad, y es por ello que se hace necesaria la clarificación del lugar que ocupa un objeto adicción, en tanto viene a completar al sujeto y le otorga esta cualidad de total, absoluto. Eso podría

sugerir que existe en el sujeto un vacío que el objeto adicción viene a llenar, como un espacio donde alguna vez hubo algo que producía satisfacción. El asunto con este criterio es que el lugar del objeto adicción es un lugar que se inaugura con su elección, un lugar que no existía previamente y que sólo posterior a la incorporación del objeto aparece, para escalar rápidamente hasta posicionarse como un lugar de carácter vital. (Poulichet, 2005)

Para ubicar el lugar del objeto adicción, es necesario retornar al enunciado inicial alrededor de que la relación establecida con el objeto adicción se desarrolla siguiendo la línea de la compulsión y de la satisfacción sustitutiva, respondiendo a dictámenes que están más allá del principio de placer, por el que se encuentra regida la vida de los individuos ordinarios.

Al situarse en esta línea, el sujeto usa, usa y usa el objeto adicción, no por placer, sino porque en cada experiencia con el objeto el sujeto re-crea una realidad y a sí mismo; sin éste todo se cae abruptamente dejando solo la cruda y funesta realidad. De ahí que, para el sujeto, el objeto adicción viene a sustituir la falta misma (que en primera instancia surge de la angustia de castración), negándola, permitiendo retornar a un estado en el que el sujeto se sentía bien y completo, y que, al ser revivido en el uso, es sentido por el sujeto con más fuerza que antes ya que llega a servir de bote salvavidas a un sujeto que se siente excluido, aplastado y sin lugar.

Sí; en lo psíquico la mujer sigue teniendo un pene, pero este pene ya no es el mismo que antes era. Algo otro lo ha reemplazado; fue designado su sustituto, por así decir, que entonces hereda el interés que se había dirigido al primero. Y aún más: ese interés experimenta un extraordinario aumento porque el horror a la castración se ha erigido un monumento recordatorio con la creación de este sustituto. (Freud, 1927-1931/1990, p. 149)

La cuestión es que el objeto adicción viene a sustituir el pene de la mujer, dando cuenta que cuenta con uno por un lado y protegiendo al individuo de perderlo por el otro. Por ello es por lo que el uso del objeto adicción debe darse de forma permanente y su relación cada vez resulta más cercana, sin éste, el sujeto se encuentra a merced de la castración.

Debido a ello el problema concerniente al objeto adicción o "*farmakon*" según Poulichet (2005), se instala en la temática de la continuidad, la intención de mantener un

estado permanente, total, un sin final, la perdurabilidad sin las ataduras de la realidad, donde no exista ausencia ni falta. “La operación del *farmakon* pone al cuerpo al abrigo de toda diferencia: el día y la noche de cuerpo no son más que una misma superficie continua, y todo efecto de ruptura resulta anulado.” (Poulichet, 2005, p. 59). Entonces el objeto adicción viene a hacer de lima, para eliminar las diferencias, pues diferente significa un pare innecesario y peligroso en la autopista en línea recta que se va mostrando al individuo con el uso del objeto adicción, una autopista en la que no debe llevar cinturón de seguridad, o respetar el límite de velocidad, también el vehículo se encuentra dentro de las opciones inimaginables que el sujeto siente que controla; que pide sólo como boleto de entrada y permanencia, únicamente al sujeto como tal.

El objeto adicción, de ese modo, es ese lugar donde el sujeto siente tenerlo todo, se siente un todo, como si todo lo perdido o deseado viniera rodeado bajo la cubierta de un buen whisky, un paquete de chocolates, una línea de cocaína, el nuevo modelo de celular, etc. Algo de afuera que se instala dentro, creando un lugar, a la vez que se junta con lo que internamente se siente como perdido, la recuperación de lo extraviado, cuyo vacío es sentido profundamente por el sujeto, siguiendo el mismo orden como si se tratara de una parte de sí mismo, que dificulta e inhabilita la más común de las actividades sin su presencia.

Se trata de que en la relación con el objeto adicción, el uso del objeto protege y “restablece la ilusión de un narcisismo absoluto” (Poulichet, 2005, p. 60), como si el objeto adicción fuera la falta misma que en los instantes de experiencia en que es usado por el sujeto se incorpora a él, lo completa. Por ello es por lo que previamente se había señalado que el objeto adicción cobra el carácter de un órgano, toma su lugar en el interior del sujeto, permitiéndole existir, y su falta deja al sujeto en un estado de inferioridad con respecto a sus pares, como si se tratara de un sujeto con capacidades especiales o un inválido.

Y es sin duda una forma de desvalimiento la que se manifiesta cuando falta el tóxico, como si el cuerpo, en lugar de modelarse en las cadenas significantes, demandara la restitución de un órgano que < ligara > las excitaciones (Poulichet, 2005, p. 57).

### **3.1.1. *Más creación, más destrucción***

La problemática concerniente a la adicción como tal se va conformando de varios ingredientes en su fórmula, uno de los más intensos y característicos se sitúa alrededor de lo que bien podría establecerse como carencia, la falta. Mucho se ha dicho en el presente trabajo acerca de la relación que guarda la edificación de un objeto adicción con la falta, ya sea visto como un producto de ésta, así como un refugio de su influjo. Mas cabe mencionar que las condiciones que precedan y permitan el establecimiento de un estado tal en que el sujeto se sienta a sí mismo encerrado en una cadena en la que cada vez pierde algo más, lo va vaciando hasta dejarlo homologado a la nada. Si aquel que pone en acción dicha cadena, se inscribe bajo la cobertura del Otro, no existe nadie en quien confiar, ni lugar a donde ir, pues todo y todos se presentan como una extensión de éste, en la medida en que:

El otro (con minúscula), el de la invocación, el que elevo a la dignidad de prójimo, por ejemplo, cuando consigo que preste oídos a mi chiste, sostiene la función del Otro con mayúscula como lugar donde se juega el ajedrez (Vegh, 2001, p. 39).

Si este otro que había servido para crear y renovar el lazo social día a día, resulta un representante de aquello que envía al sujeto a la nada, se hace necesario, un corte tajante en el lazo, pues su permanencia mantiene el estado devorador de la nada a la vuelta de la esquina. En este sentido, el lazo se erige tal cual un ancla que hunde a la embarcación a la más oscura de las profundidades, haciéndolo uno con la nada.

La nada, un estado tan irreductible como abrazador, la suma de todas las rendijas que se han ceñido en el individuo, insoportable; las goteras en el tejado alineándose entre ellas, conjugando los bordes que las limitaban hasta que la carencia amenace con convertirse en carencia de sentido, al ir retirando todos aquellos actos y objetos que producen un intercambio diario que se instalan cual anclas, que mantienen al sujeto y le permiten la conformación de propósitos en los que basar su existencia; la vida va perdiendo propósito al ser (o sentirse a sí mismo) la presa de una instancia rectora y superpoderosa, el Otro, que no hace más que quitar y quitar, bajo la protección cultural del “bien”.

¿Dónde está el sentido de seguir viviendo, si a nadie le importa lo que haga o deje de hacer, ni a mí mismo? “Al ser el “más” continuamente consumido por la satisfacción de Otro convertido en todopoderoso, el sujeto queda necesariamente reducido a “nada”,

excluido de una verdadera relación de reconocimiento.” (Poulichet, 1998, p. 68). Y es justamente allí donde radica el problema, al estar excluido de una relación donde pudiera ser reconocido por otro, la vida pierde sentido, puesto que ya no está presente el otro convocado, ya no asiste a la cita que le pusiera el sujeto desde su deseo. La muerte se muestra aquí como una opción en constante amenaza bajo los términos de la desaparición, la extinción la borradora completa, tal y como si nunca hubiera existido. Debido básicamente a su cualidad de permanente, continua e irreductible.

A esta elaboración de la nada podría sumarse que debe sentirse con mayor profundidad y crudeza en los sectores más desprovistos y excluidos del sistema social; puesto que la falta se encuentra presente en formas de carencia respecto del lugar social en el que se halle el individuo y el alcance del acceso económico-social que éste le permita. Desde estos últimos rincones se evidencia con mayor profundidad y severidad la influencia de la falta sin mayor dificultad, debido a que las huellas que deja la misma tiñe el ambiente de un color que no pasa desapercibido, desnutrición, delincuencia, etc. Todo aquello que gire en torno al fenómeno de la pobreza y la exclusión.

Desde este ángulo, se podría manifestar que el mal protege del bien, cuando este bien se ha llegado a constituir como una excusa, que el vecino, el jefe, la novia, la mamá, el Otro usa para continuar en su campaña de expropiación al sujeto. amenazador y en consecuencia provocarían una fuga más eficaz a la demanda del Otro. “De modo que hay también una erótica que sostiene este prejuicio del hombre malo, este “Yo no preciso de nadie” (Vegh, 2001, p. 28) A partir de este prejuicio el sujeto puede conjeturar un lugar, aunque éste se encuentre en el terreno de lo negativo, de lo malo, por ende, este modo de acción da cuenta de la más ferviente intención de sentirse dueño de sí mismo, al “no precisar de nadie”, se rechaza el lazo social que lo anuda con otro, al mismo tiempo que se escabulle de lo que el Otro demanda. Sin embargo, el sujeto no cae puesto que, en el grupo de lo malo, se encuentran muchas existencias, experiencias y objetos que producen una función de nudo que en tal condición protegen y ahuyentan la presencia infinita del Otro.

La marca ineludible, impuesta desde el lugar de la madre en los primeros años de vida, hacen mella en el sujeto, situándose como el discurso predominante que servirá como luz en el camino, una demanda a la que el sujeto se encuentra ligado en su cualidad de transmisor de la cultura y que en momentos posteriores puede instalarse de forma tal

que el sujeto se sienta por completo atado al mismo, encerrado en una suerte de espejismo, donde él se concibe tan sólo como un producto de otro, nada difícil tomando en cuenta que el yo se estructura a partir de la integración que es facilitada por un medio suficientemente “bueno”. (Winnicott, 1999)

El carácter trasgresor de las toxicomanías revela en particular cuánto necesitan estos sujetos afirmar un deseo propio bajo la forma de una aspiración de lo negativo, para resistir a someterse al <bien> de tipo materno. Este Otro que, en nombre del <bien> del niño, exige de su cuerpo cosas enigmáticas para este, lo confronta con la amenaza de invasión o de instrumentación incestuosa (Poulichet, 1996, p. 148).

Progresivamente el yo se va sintiendo a sí mismo como un producto del deseo de otro, resulta atado a una demanda que lo coloca siempre a dar, “se elabora, entre otras cosas, como el objeto de satisfacción de otro y que no puede significar su propia existencia en su propio terreno” (Poulichet, 1996, p. 146), entrando en un bucle, en donde ser significa desaparecer, puesto que no existe un lugar propio, y el cuerpo mismo se siente como un objeto dejado al libre albedrío de un Otro rector. El medio que una vez se sintió como seguro y confiable, es ahora quien reclama todo lo que el sujeto tiene, lo reclama a él. Lo que antes era bueno, ahora significa desaparición, por lo tanto, aquello que el Otro ha derogado como malo, se muestra como el refugio que permitiría la existencia, en la medida en que escapa a la demanda, que en inicio fue instalada por la instancia de la madre.

Si el sujeto se siente a sí mismo siempre controlado, cualquier acto y deseo puede ser sentido como un exceso, como un destello de goce que es inadmisible; y por tal motivo se siente como doloroso; “el órgano doloroso sería en este caso el yo mismo como lugar del exceso sexual” (Poulichet, 1996, p. 149). Para tratarlo el objeto adicción ejerce su función anestésica en la medida en que seda al yo y con ello quita el dolor, al mismo tiempo que ofrece un lugar, como órgano que completa un cuerpo a la vez que lo crea, es decir que con su añadidura al esquema corpóreo, el cuerpo no es el mismo que antes era, un cuerpo nuevo, un “cuerpo extraño” (Poulichet, 2005) que sea capaz de calmar este exceso y que no esté sujeto al imperativo Otro, un bote salvavidas en el barco que se hunde.

Por ende, dado que la puesta en escena de un estigma abre la brecha a la exclusión, es válido mencionar que un sujeto puede evidenciar más crudamente la falta de forma casi instantánea al usar un objeto estigmatizado, incluso si previo a esto no se evidenciaba la existencia de un estigma sobre él, enviándolo automáticamente al terreno de la exclusión, lo que vendría a facilitar una relación de tinte adictivo y un devenir del objeto adicción como órgano vital.

La carencia sirve de conducto a la edificación de un objeto adicción, pero lo que llega a estructurarlo es esta pérdida del lugar, este abandono a la satisfacción del Otro que demanda un acto para protegerse de la desaparición, de la destrucción. “Se trata de trazar un reborde que delimite y erotice una pérdida en el momento mismo en que el cuerpo podría bascular hacia la autodestrucción.” (Poulichet, 1998, p. 37) La relación con el objeto adicción viene entonces a ser esta elaboración de un borde en forma de acto que protege al sujeto de la destrucción absoluta, se erige como un acto desesperado de auto-protección, un acto que da cuenta de la no renuncia a la vida, sumiéndose poco a poco en un estado casi inerte que contrario a lo que se podría creer, surge como protección de la muerte misma. Un acto como el que aquí se indica daría cuenta de la dicotomía falta-exceso y más aún de la cadena destrucción-creación, puesto que la capacidad creativa responde esta vez a la profunda experiencia del desamparo.

Desde esta esquina donde reina la oscuridad, la “maldad”, la destrucción y la soledad, el individuo puede aun así no entregarse por completo y más bien continuar en una senda paralela, que le permita reconducir el exceso reproduciendo la carga y la falta que lo atraviesa, en un proceso creativo. La dicotomía presente en la destrucción-creación, sigue la línea de los opuestos, no se concibe uno sin el otro, y tal y como se ha presentado en esta investigación, engloba lo concerniente a la edificación del mundo y la vida misma (en el sentido de reconocimiento de la propia y la de otros), la creación bien podría ligarse con el descubrimiento (cuando el sujeto crea un mundo que existe) y la destrucción se podría ligar con la realidad (objeto destruido, objeto sobreviviente, objeto real). Si embargo “En la medida misma en que fracasan un “holding” y una experiencia de ilusión generadora de la creatividad, se invoca a veces otro tipo de creación en el corazón de una experiencia de puro desamparo” (Poulichet, 1998, p. 39-40).

Al relacionarse más profundamente con el goce los individuos nacidos en estas condiciones de exclusión y carencia, o sometidos a ellas a posteriori pueden desarrollar



nuevas elaboraciones que les permitan la construcción de un borde que sirva de límite al exceso experimentado en el que sea seguro y posible seguir siendo, un algo que le permita mantenerse en la realidad compartida, conservar los lazos, a pesar de la amenaza persistente. “Aunque me persigan, me exilien, viva en la pobreza, fuera del círculo de mis amigos, igual puedo sostener el trazo que me representa” (Vegh, 2001, p. 63).

De ese modo es que el objeto adicción entonces “puede presentarse durante mucho tiempo como la única respuesta viable al hostigamiento del desamparo y la angustia de la dispersión: el único *desplazamiento* imaginable.” (Poulichet, 1998, p. 41). No existe donde huir así que se hace necesario algo que permita un espacio, un momento, un borde.

No todos los individuos son iguales frente al goce. Algunos se precipitan muy pronto en él, más allá de todo mantenimiento posible de una homeostasis, en un exceso que derriba desde siempre todos los diques levantados por el “principio de placer”. Así invadidos, desbordados por las oleadas de excitación que los entregan a una mera cultura de la fractura, algunas forjan sin saberlo un arte de la supervivencia. (Poulichet, 1998, p. 30)

Teniendo en cuenta que todo lo existente, hasta el propio cuerpo, se siente perteneciente al Otro, si bien el “*farmakon*” presta cuerpo, la única posibilidad de escabullirse del control brutal del Otro es relacionarse con objetos que tampoco le pertenezcan, que le sean extraños, de allí que un proceso de creación surge como respuesta adecuada, que viene a proteger de la destrucción (desaparición), a través de su elaboración y representación controlada.

El borde le otorga un espacio de control donde el yo puede sentirse como dueño de sí mismo y ya no la extensión de otro, y el sentido puede recobrar su posición al introducir un orden simbólico que sigue el camino de la sublimación. La relación entre la destrucción y la creación se nota directamente proporcional en la medida en que al vivir bajo la amenaza de la destrucción constante, el peligro, este mismo resulta “puesto en juego en el acto creador” (Poulichet, 1998, p. 31) a través de un mecanismo desplazatorio a modo de sublimación cuyo ingrediente secreto sería toda aquella amenaza de destrucción que será la masa que dará forma a la creación.

Su principal defensa consiste a veces en la elaboración de un borde precario en el que puedan sostenerse: un reborde muy delgado que hay que volver a trazar cada día. Lo que aquí llamo “borde” representa un fragmento de realidad susceptible

de investirse, que ancla la presencia del cuerpo en el mundo y organiza puntualmente la conjunción de un afuera y un adentro, así como la articulación de una plenitud y un vacío, y luego la de una presencia y una ausencia (Poulichet, 1998, p. 30).

Una construcción que debe darse de forma diaria, en un proceso que simboliza la construcción del propio ser día a día, no se puede escapar de los influjos devastadores que preceden a la destrucción, la violencia, la amenaza, la exclusión, la falta; por ello representa un riesgo, ya que como bote salvavidas requiere de un trabajo creativo diario, pues es ahí donde se pone en juego el borde que ancla al sujeto al mundo y por ende puede ubicarse como única posibilidad de existencia; dado que la elaboración del borde se da a costa de la relación con los otros.

La construcción diaria da cuenta del vivir en el límite, el construir el borde, es vivir en el borde, por lo que todos los comportamientos apuntarán a vivir en este preciso lapso entre el borde y la nada absoluta, es así como:

A través de una sobrecarga del peligro puede ejercerse una forma de autoconservación paradójica, precisamente gracias a la apertura de una distancia entre el desamparo y la espera del peligro. Esta distancia representa veces el único tiempo de que dispone el sujeto para defenderse contra la invasión y hacer acto de anticipación. (Poulichet, 1998, p. 41)

Teniendo al desamparo como la nada absoluta, se haría referencia los primeros momentos de vida del ser humano, caracterizados por el desvalimiento y la vulnerabilidad, mientras que el peligro se gestaría alrededor de la amenaza constante que representa vivir en límite del intercambio social, para no ser absorbido por éste. Desde este límite el sujeto se ve compelido a articularse a sí mismo, valiéndose de cualquier medio. Como el poeta que a través de lo escrito anuda; “podría decirse que lo Imaginario y lo Simbólico se articulan aquí por medio del escrito, que altera el “ser” al mismo tiempo que lo viste de ficciones.” (Poulichet, 1998, p. 104) Ficciones que sirven a modo de traje que cubre al sujeto y le permite inscribirse paralelo al medio social pero aún produciendo un intercambio con el mismo. Además, a través de estas ficciones el sujeto crea un cuerpo, que ya no le pertenece al orden simbólico vigente puesto que no se rige bajo sus dictámenes.

El sujeto puede ubicar en el acto creativo su única posibilidad de existencia ya que “se reidentificaría allí en cada uno de sus encuentros con un “trazo generador”, cuando por otra parte se debilitan las referencias identificatorias susceptibles de embarcarlo en una trayectoria edípica estructurante” (Poulichet, 1998, p. 35). Por ello, es que un objeto adicción que presta un cuerpo, ofrece la ubicación de un borde que transforma el exceso, que separa y limita, se instala como un medio capaz de conducir la excitación acumulada y rechazada en dirección a un proceso de creación, pero bajo el influjo del apellido adicción el objeto da cuenta del proceso sublimatorio en el que al usar el objeto el sujeto quiere encontrarse a sí mismo, crearse en el acto de uso, pues sólo creado es que puede existir sin entregarse cual pedazo de carne a la voracidad del león (Otro).

Si no puede autoproducirse en el tiempo del peligro y “avanzar a toda marcha” hacia el encuentro de un “trazo generador”, corre una vez más el riesgo de desaparecer en la fractura, de volver a convertirse en la fractura misma. (Poulichet, 1998, p. 42)

Resulta curioso entonces la relación que guarda la dualidad destrucción-creación, la confrontación temprana y profunda con los procesos destructivos que permiten la experiencia del desamparo, de la nada, exige un proceso de creación como medio de escape. Equivale un riesgo el crearse a sí mismo todos los días, hace falta muy poco para desaparecer, para morir, y debido a que este proceso creativo surge de la experiencia de desamparo y no por influencia de un medio bueno, su puesta en acto siempre se mantendrá al margen de un lazo con otro, al no contar con la cobertura de la ilusión el sujeto, no es capaz de relacionarse con otro sintiéndose por completo distinto de él. En la relación con el objeto adicción el sujeto hace un intento de bordearse a sí mismo, pero dado que el objeto presta un cuerpo y completa el cuerpo, el sujeto termina sumiéndose en su propio goce al querer escapar del Otro. En este sentido se podría establecer un recorrido que marca: a mayor destrucción, mayor creación y no en sentido contrario.

### **3.2. Modificación del lazo social**

El lazo social como se ha ido elaborando, está erigido sobre un terreno forjado en consecuencia a la aplicación de la voluntad del Otro, asimilando así su carácter escénico, puesto que en el lazo se ponen en juego las demandas sociales que han sido insertadas en una cadena de significantes por el sujeto. Entonces, un cambio de representación significa

una modificación del lazo social, en la medida en que altera el modo en que el sujeto transmite el bagaje cultural; “recordemos cuanto nos gusta llegar a casa y ponernos en pantuflas, esto es, desasirnos simbólicamente mediante ese gesto de la cubierta fálica que la escena del lazo social nos demanda.” (Vegh, 2001, p. 62) una cubierta fálica que es violentamente impuesta a través del lenguaje y que puede ser fácilmente cambiada como en este caso, o ubicarse como una imposibilidad al ser la cubierta fálica de un cuerpo como objeto del Otro.

En la actualidad, dicha voluntad puede ser vivida como un ejercicio de poder dispuesta sobre el sujeto, “el ejercicio de la voluntad de goce”, (Poulichet, 1998, p. 28) de forma más directa, a consecuencia del discurso de consumo que invita a gozar, más no a desear, y que le otorga ese valor fugaz a los objetos y por ende a los sujetos. Dicha fugacidad instala una arena, en donde los individuos se mantienen en constante competencia por procurarse una posición, nada es seguro ni permanente, lo que desencadena una puesta en marcha que no se detiene, de este modo los límites se presentan difusos al estar ensimismados en el discurso gozoso del Otro; no dejando cabida al advenimiento de la falta, fundadora del deseo “la falta se inaugura porque hay una ley que prohíbe un goce” (Vegh, 2001, p. 81).

Al irse construyendo bajo el influjo de este discurso y los estragos que han caracterizado la globalización, los sujetos pueden sentirse presas de un sistema que los atropella y que no cesa con su ausencia, que no les provee un valor, y los deja a la deriva de un goce acribillante, en este camino resulta más fácil sentirse objeto, medio (y no fin) de alguien o algo más. Esto aumenta si se tiene en cuenta que los avances en la comunicación, parte del discurso de la globalización, han elaborado un modo de relación virtual con el otro, en el que ya no hace falta ese encuentro, y el otro como tal se instala tal cual ese otro que está pero que no es.

La falta de un encuentro, en el que las individualidades se ofrezcan a observación profunda y directa una de la otra, sanciona lo que pudiera devenir de este encuentro cara a cara, la opacidad del otro:

Cuando miro al otro a los ojos, irremediablemente en el fantasma quiero alcanzar su profundidad. Pero sus ojos, si lo miro de cerca, apenas me devuelven, como un espejo, mi propia imagen. No encuentro su transparencia, sino su opacidad.

Gracias a ella, se sustrae cuando lo busco como puro objeto de goce; ella es la que me detiene en el acto de matarlo. (Vegh, 2001, p. 36)

Al sancionar esta opacidad en el otro, se clausura el efecto constituyente que la misma tiene en el propio sujeto, lo que permite su posesión que, como se estableció, sólo puede llevarse a cabo de forma total, siguiendo la línea que destruiría al sujeto. El lazo social en este punto se ha modificado de forma tal que el otro, situado como puro objeto, puede ser destruido sin que esto atente contra el sujeto, e incluso podría pensarse que las consecuencias del discurso gozoso imperante en el consumo se van instalando ahí en términos de la aniquilación del otro, puesto que no se tiene nada en común, y si no se muestra como un rival amenazador, entonces es un objeto dispuesto a instrumentalización.

De ahí que las propuestas masivas de asesinato requieran imprescindiblemente el desconocimiento del otro como semejante. Hay que pensarlo en términos de raza inferior, degenerada, porque al menor atisbo de que ese otro pueda devolverme mi propio mensaje, el acto asesino se detiene (Vegh, 2001, p. 38).

El lazo social como tal, entonces, permite la ubicación del sujeto en el orden que sigue esta lógica y por ende debe ser anulado como requisito de auto-conservación. Para ello, una relación con un objeto adicción, se muestra como posibilidad de anulación del lazo, a partir de que desata lo que éste pretende unir, en la medida en que es el sujeto el que se siente a sí mismo unido, indiferenciado del otro y abandonado a la influencia cultural. El objeto adicción viene a cortar un lazo que anuda al sujeto a su desaparición, a su muerte.

El lazo social se ve continuamente actualizado por el discurso social, discurso que es obligatorio, y que por su rigidez permite la consolidación de discursos paralelos individuales o que se atañen a un grupo específico, que establecen un propio lenguaje y sus propias connotaciones éticas y morales, un modo de acción construido paralelo a lo impuesto por la sociedad y que se establece claramente en oposición a esta. Un discurso como éste es el que se puede evidenciar en la mafia:

¿Qué es una mafia? Tiene la estructura de una familia; no se rige por el puro egoísmo; el padrino cuida de sus hijos, su mujer, los sobrinos, su nuera, los nietos, no es por ende un desalmado. El mafioso puede mostrar un amor extremo a los que son de su carne, pero esa afirmación desconoce ley social, no acepta el orden

simbólico del conjunto de la sociedad. No basta la ametralladora para que el padrino sea reconocido como tal; tiene que cumplir con la legalidad mínima del conjunto, que le reclama la afirmación de los lazos de sangre que desconoce la ley del lazo social (Vegh, 2001, p. 160).

Al estructurarse con carencias constitutivas como consecuencia del estigma por parte de la sociedad el sujeto en uso de un objeto adicción reafirma su condición, ya que se ve más desprovisto del lugar social en el que había sido ubicado, en última instancia al que sentía que pertenecía, eliminando una fuente promotora de lazos y sometiendo al sujeto al exilio. Al no sentirse como uno mismo, dueño de su propio yo y amo de su propio lugar, cualquier suerte de alteridad se manifiesta en forma de amenaza. “La presencia directa de un semejante, entonces, puede experimentarse igualmente como una amenaza, como si redujera automáticamente el cuerpo a las condiciones de una posible fractura, un desamparo y un estallido de sus límites.” (Poulichet, 1998, p. 41), debido a la confrontación cruda con la falta que se pone en juego en la dialéctica sujeto-otro.

El objeto adicción es tan sólo una cubierta que funciona a modo de símbolo para el marco social. Una vía para mantenerse, entre tantas otras que pudieran permitir el potencial creador en el sujeto. Desde esta perspectiva la caída del símbolo se evidencia también en la posición del otro que, al no operar en uno de los registros, pierde su capacidad para reparar, por lo que se hace necesario dirigirse por vías alternas si el sujeto quiere anudarse al mundo. La elaboración del borde hace aquí su manifestación, la instalación del “*farmakon*” como ese borde, opera paralelo a la relación previa con el otro, anulando el lazo social (Poulichet, 2005).

Todo lo referido alrededor de la problemática que le convoca al objeto adicción da cuenta a lo largo y ancho de una modificación progresiva y profunda de los modos de ser y existir en el mundo, al ingresar al desafío permanente de resurgir cada día, cada instante en tanto cuerpo nuevo, en tanto creación que pone un límite al goce del Otro. Y si bien a través del acto creador se fija un borde que sirva de nudo, de lazo, la relación con el objeto adicción, puede en cierto momento permitir el anclamiento del sujeto en un pedazo de realidad, lo cierto es que, de proseguir su camino, terminará protegiendo al sujeto de ser devorado por el goce del Otro, en la medida en que lo sume en el suyo propio como única posibilidad al haber anulado todos los lazos, desechado el yo y sedado el deseo. El sujeto en tanto goce, no-sujeto.

## CONCLUSIONES

El desarrollo del sujeto es un proceso continuo y lleno de tropiezos, al nacer completamente indefenso, la vida del individuo está en las manos del Otro, que es el medio como tal. Las fluctuaciones en este medio influirán directamente en el desarrollo del sujeto, dejando las marcas de su avance y son ellas las que permitirán o impedirán el surgimiento del poder creativo en el individuo. La cadena destrucción-creación se impone como el escenario donde se dan las primeras relaciones con el medio, puesto que para que un objeto sea real, debe ser destruido, debido a que sólo así escapa a este poder creativo que surge de la experiencia de omnipotencia. Todo ello se traslada a un plano posterior, cuando el individuo se ve confrontado con un suceso o cadena de sucesos que desmontan toda sensación de poder u omnipotencia, que lo conducen beligerantemente a la destrucción máxima, la desaparición; lo que lo invita a elegir un objeto adicción como último intento creativo, como último intento de crearse a sí mismo, de nuevo.

La posibilidad para usar un objeto depende de haber atravesado una experiencia ilusoria, de haber establecido una relación con objetos, y haber fomentado los cimientos de un espacio de transición. Para usar un objeto es necesario que sea destruido, y sobreviva. Cuando es diferente de sí mismo, y no es una parte de su propia corporalidad se puede iniciar una relación en la que el objeto existe por su uso, y en razón de ello adquiere un lugar. Al erigirse un objeto como un “no-yo” a partir de su violenta destrucción, el sujeto va adquiriendo conciencia de que sus actos no lo destruyen, pero pueden alterarlo, causarle daño. La adquisición de esta conciencia permite el primer atisbo de la preocupación y la culpa, necesarias para entablar un lazo con el otro, en el que sea posible la identificación.

La elección del objeto adicción sigue una línea que no obedece a las demás elecciones, puesto que no está regida por el magnánimo principio de placer, sino que se encuentra en la autopista del goce, en la medida en que gracias a éste, el sujeto puede hacer como que no sabe de la falta. Debido a ello la relación con un objeto adicción no podría fijarse como un mero síntoma, aún cuando ese mismo pudiera ser el caso en momentos iniciales. Mas bien, podría tomarse como el último intento de deslindarse de una enfermedad terminal que amenaza la existencia del sujeto que, irónicamente y siguiendo un proceso circular, sumerge al sujeto en un estado de completa enfermedad que lo deja igualado al objeto.

La adicción y la delincuencia se encuentran en la exclusión, ambas comparten esta característica central, desde aquí pueden unirse para engrosar la capa que cubre al individuo al relacionarse con los demás día a día. Sus orígenes responden a un fallo del medio, notado más directamente en el desarrollo de la delincuencia, pero radical para la incursión en una adicción. Aunque ambas podrían tomarse como últimos intentos, el último intento de aquel que delinque circula alrededor de la exigencia de un medio en el que confiar, un pedido de control, mientras que, el sujeto en adicción hace el desesperado intento de crearse a sí mismo en cada uso del objeto.

El lazo social sirve de nudo que mantiene juntos los significantes en la cadena, a través de este el sujeto adquiere derechos y responsabilidades, además de que genera un lugar en la dialéctica social. Al elegir un objeto adicción, el sujeto poco a poco va modificando el lazo existente, puesto que su propio aparato psíquico se encuentra en transformación. Y, puesto que en esta relación se juega bajo las reglas del goce, es requisito para llegar a la meta de la totalidad anular todo atisbo de lazo social, en la medida en que éste mantiene cerca la amenaza de ser devorado por el Otro, y de esta manera conduce a su desaparición.



## Bibliografía

- Braunstein, N. (2006). *El Goce: Un concepto lacaniano*. Buenos Aires: Editores Argentina.
- Davis, M., & Wallbridge, D. (1988). *Límite y Espacio*. España: Amorrortu.
- Doucet, F. W. (1975). *Diccionario de Psicoanálisis Clásico*. Barcelona: Labor.
- Freud, S. (1914-1916/1991). Contribución a la historia del movimientos psicoanalítico; Trabajos sobre metapsicología y otras obras. In J. Strachey, *Sigmund Freud Obras Completas* (p. 412). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1916-1917/1991). Conferencia de introducción al psicoanálisis (III). In J. Strachey, *Sigmund Freud Obras completas* (p. 445). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1920-1922/1992). Más allá del principio del placer, Psicología de las masas y Análisis del Yo. In J. Strachey, *Sigmund Freud Obras Completas* (p. 303). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1925-1926/1992). Presentación Autobiográfica, Inhibición, Síntoma y Angustia, ¿Pueden los legos ejercer el psicoanálisis? In J. Strachey, *Sigmund Freud Obras Completas* (p. 301). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1927-1931/1990). El porvenir de una ilusión, El malestar en la cultura y otras obras. In J. Strachey, *Sigmund Freud Obras Completas* (p. 291). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1937-1939/1980). Moisés y la religión monoteísta; Esquema del psicoanálisis y otras obras. In J. Strachey, *Sigmund Freud Obras Completas Tomo XXIII* (p. 360). Buenos Aires: Amorrortu.
- Goffman, E. (2010). *Estigma, La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Green, A. (2007). *Jugar con Winnicott*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Kristeva, J. (2013). *Poderes de la Perversión*. México: Siglo XXI Editores.
- Lacan, J. (1953-1954/1981). Libro 1 Los Escritos Técnicos de Freud. En J.-A. Miller, *El Seminario de Jacques Lacan* (pág. 397). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1956-1957/1995). Libro 4 La Relación de Objeto. En J.-A. Miller, *El Seminario de Lacan* (pág. 448). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1959-1960/1990). Libro 7 La Ética del Psicoanálisis. En J.-A. Miller, *El Seminario de Jacques Lacan* (pág. 389). Buenos Aires : Paidós.
- Lacan, J. (1964/1987). Libro 11 Los Cuatro Conceptos Fundamentales del Psicoanálisis. En J.-A. Miller, *El Seminario de Jacques Lacan* (pág. 287). Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1966/2013). *Escritos 1*. Buenos Aires: Biblioteca Nueva.
- Lacan, J. (1966/2013). *Escritos 2*. Buenos Aires: Biblioteca Nueva.
- Lacan, J. (1969-1970/1992). Libro 17 El Reverso del Psicoanálisis. En J.-A. Miller, *El Seminario de Jacques Lacan* (pág. 231). Buenos Aires: Paidós.
- Nasio, J. D. (2009). *El Dolor de Amar*. Barcelona: Gedisa.
- Poulichet, S. L. (1996). *La obra del tiempo en psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Poulichet, S. L. (1998). *El Arte de Vivir en Peligro*. Buenos Aires: Nueva Visión SAIC.

- Poulichet, S. L. (2005). *Toxicomanías y Psicoanálisis: La narcosis del deseo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Rodulfo, R. (2009). *Trabajos de lectura, lecturas de la violencia*. Buenos Aires: PAIDÓS.
- Triaca, J. M. (2000). Drogadicción: pensar la multicausalidad. *REVISTA DE PISCOTERAPIA PSICOANALÍTICA*, 55.
- Vegh, I. (2001). *El Prójimo: Enlaces y desenlaces del goce*. Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1962). *La integración del yo en el desarrollo del niño*. Buenos Aires: PAIDÓS.
- Winnicott, D. (1987). *Los bebés y sus madres*. Buenos Aires: Paidós.
- Winnicott, D. (1990). Deprivación y Delincuencia. In S. y. Clare Winnicott, *Deprivación y Delincuencia* (p. 192). Barcelona: Paidós.
- Winnicott, D. (1993). *Realidad y Juego*. Barcelona: Gedisa.
- Winnicott, D. (1999). *Desarrollo Emocional Primitivo*. España: Paidós.
- Winnicott, D. (1999). *La agresión en relación con el desarrollo emocional*. España: Paidós.
- Winnicott, D. (2009). *Realidad y Juego*. España: Gedisa.